



# El último Minuto de



# nuestras vidas



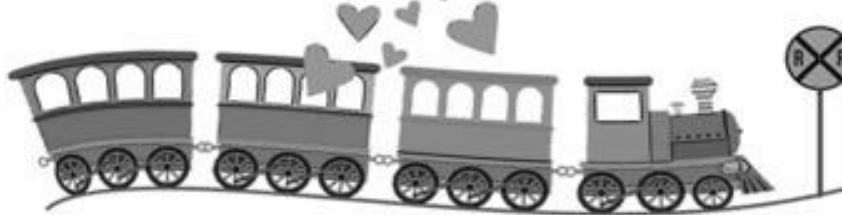
Susanna Herrero



El último



Minuto de



nuestras



vidas



Susanna Herrero



© Susanna Herrero

1ª edición, mayo de 2021

Diseño de cubierta: Adyma Desing.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para Diana y para todas las mujeres valientes como ella y como Catalina Berenguer.*

# Sinopsis

¿Cuántos minutos contiene una existencia? Tantos como pulsos en su melodía.

Los minutos marcan nuestra vida.

En un minuto cambiamos de estación: primavera, verano, otoño, invierno.

En un minuto nos hacemos mayores de edad.

En un minuto terminamos de leer ese libro que nos marcará para siempre.

En un minuto vemos asomar el sol por el horizonte.

En un minuto corremos hacia la orilla del mar y nos zambullimos en el agua.

En un minuto nos convertimos en padres, hermanos, primos, abuelos...

Minutos, minutos y minutos...

¿Qué minuto hará especial a los protagonistas de esta historia? ¿Qué minuto marcará un antes y un después en sus vidas? ¿Qué minuto los convertirá en algo más?

Sumérgete en esta nueva aventura Cabana y descúbrelo.

# En París

# 1 El concierto, el toque de trasero y la cena de después

Hugo

30 de abril de 2019

—*One, two, three* —entona Dylan a través del micrófono.

Después, un par de acordes en el piano que percuten en todo el estadio. Dylan y los músicos van al encuentro del tono de la melodía. Improvisan. Calientan. Crean. Y lo hacen con soltura frente a noventa mil personas, entre grada y pie de pista, y frente a otros noventa millones más desde sus casas, en uno de los conciertos benéficos más multitudinarios de los últimos años, retransmitido en directo en más de cincuenta países. Sobre el escenario, artistas de la talla de Lady Gaga, Beyoncé, Taylor Swift, Ed Sheeran, Harry Styles, Madonna... Y el amor de mi vida con sus vaqueros y su camiseta y las Adidas blancas que le regalé por su último cumpleaños.

—Ta, ra, ra, ra. Lo tengo. *One, two, three...*

Dylan se acerca al borde del escenario. Allá va. Con los años, he memorizado los gestos de su rostro de tal manera que sé en qué momento exacto va a comenzar a cantar.

*I've paid my dues.  
Time after time.  
I've done my sentence.  
But committed no crime.  
And bad mistakes.  
I've made a few.  
I've had my share of sand.  
Kicked in my face.  
But I've come through.*

La música, por encima de los cien decibelios, resuena en cada rincón de este recinto al aire libre en las afueras de París (el mayor estadio del país) y también en mi pecho, al igual que aquella vez en el concierto en Madrid, cuando lo conocí. Y como si se hubieran colado en mi sistema, hoy también retumban en mi caja torácica y en el estómago las guitarras eléctricas, el bajo, el piano, la batería y la voz de barítono tan inconfundible del vocalista. Pero nada es igual.

El vocalista.

Mi vocalista.

Creo que jamás me acostumbraré a esto. A estar aquí arriba y no ahí abajo. A su voz, que vibra en cada molécula de nitrógeno y oxígeno del aire, interpretando uno de mis temas favoritos de Queen, *We are the champions*, con el recuerdo de su susurro en mi oído —«esta va por ti, *babe*»— hace menos de cuatro minutos. Al calor de los focos sobre mi cabeza y mi rostro. Al

sudor de su cuello y de su frente en mi paladar a pesar de la distancia. A los miles de fans aclamándolo con los brazos en alto. A asumir que es un personaje público, querido y admirado por millones de personas.

Puede que Dylan Carbonell sea Dylan Carbonell. Pero para mí es mi marido.

Me siento orgulloso de verlo sobre el escenario, con el micrófono en la mano, moviéndose arriba y abajo con esa naturalidad y esa confianza absoluta en lo que hace. Pero también me siento orgulloso cuando se levanta de la cama a las tantas de la madrugada y se va a su estudio a componer. O cuando agarra un micrófono imaginario y se sube encima del sofá a hacer el idiota. Y me vuelven loco esos pantalones ajustados. Para mí, Dylan es como el verano. Siempre me apetece. Me apetece todo él. Tocar. Besar. Sentirlo. Amarlo.

*And we mean to go on and on and on and on.*

—Esa baba, veterinario, que nos inundas el *backstage*.

Miro hacia abajo y aparto la mano de Cata de mi barbilla al tiempo que elevo los ojos al cielo. O al techo, que tiene forma elíptica.

—No estoy babeando.

—Claro, y yo no estoy embarazada de tu hermano mayor. Me lo he comido y por eso estoy así de gorda, no porque esté de treinta y seis semanas.

Imagino a Cata abriendo la boca que tiene (en sentido figurado, porque no calla ni cuando duerme) y devorando a mi hermano. Río de forma involuntaria. Eh, podría pasar.

—¿Te ríes porque en tu imaginación me estoy comiendo a River Maldito Cabana?

—Absolutamente. —Río más todavía—. Y... ¿River Maldito Cabana?

—¿No te lo había dicho? Su hijo no nato me está destrozando la espalda, el sueño y el buen humor, así que he recuperado la buena costumbre de llamarlo así.

La observo con los párpados entrecerrados. Cata está exultante de felicidad debido al embarazo, y hasta ahora no ha sido de las que se quejan, por muchas molestias que pudiera tener.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

No cuela. Lo dejo pasar porque no es el momento de entrar en conversaciones profundas.

—Tú también babeas, por cierto.

—Es que míralo, Hugo. Míralo —me dice con una sonrisa en todo su rostro—. Es nuestro chico, delante de millones de personas.

Lo hago. Lo miro. Dios, cuánto lo quiero. Cada pedacito de él.



Somos los primeros en abandonar el recinto una vez finalizado el concierto. Hay una celebración en el *backstage* con la música de *Never ending story* de fondo, pero Dylan ha insistido en salir a cenar los tres juntos por París, a nuestro aire. El protocolo se lo pasa por el forro. Cata se ha quejado un poco, o más bien un mucho, por no poder permanecer más tiempo entre Gaga y Styles, pero es lo que hay.

Dylan lleva más de diez días aquí, preparándolo todo y ayudando a la organización del evento



en lo que ha podido, y ahora solo desea pasar unas horas con su familia. Nos ha echado en falta. Y nosotros a él. Y tanto. Como que nos hemos venido a París un día entre semana, dejando la clínica en manos de mi ayudante y a River con nuestros tres perros y su gato, muy cabreado porque el embarazo de Cata está casi a término. Yo no quiero ir de listo, pero aún le faltan cuatro semanas para salir de cuentas, y además tengo un pálpito: se le va a retrasar. Y malo sería que se pusiera de parto justo los dos únicos días en todo el embarazo en que ha salido del pueblo. Me río solo de pensarlo. Es casi imposible. Y yo, de esto, controlo.

Justo antes de marcharnos, uno de los artistas invitados al evento le toca el culo a Dylan. Es la típica palmada de «buen trabajo, tío» o de «hasta luego» o de yo qué cojones sé, pero no me hace ni puta gracia. Le meto un par de guantazos con los ojos y la boca me la muerdo como nunca, porque este es el entorno laboral de Dylan y no quiero liarla parda. Pero... me falta el canto de un duro.

De camino al restaurante también me muerdo la lengua; Dylan ha estado increíble y me niego a darle la noche. Estoy un poco cabreado con él. Quizá no debería, aunque me importa una mierda. ¿Se deja tocar el culo a menudo por sus compañeros? Dylan es muy liberal y no se toma nada en serio, pero a mí, si alguien me tocara el culo, le diría alto y claro que la próxima vez le pongo la cara del revés. Creo que hay límites que no se deben cruzar, por mucho cachondeo que te traigas. Para mí, el contacto físico íntimo no es ninguna tontería. Dylan apenas se ha inmutado cuando el tipo en cuestión (me niego a decir su nombre) ha ejecutado, con premeditación y alevosía —y con demasiada naturalidad—, la gran hazaña. Es más, parecía divertido. Ja. A mí me hace una gracia de la hostia también. ¿No se me nota? Ja. Ja.

En el restaurante nos acomodan en una mesa alejada de la multitud pero cercana a la cristalera: las vistas de la ciudad son impresionantes y la música de Lewis Capaldi es el complemento perfecto. Ya ha anochecido. Mis mejores recuerdos de esta ciudad son por la noche. En el Arco del Triunfo. Con Dylan. Cruzo una mirada con él y me guiña un ojo con descaro. Está pensando en lo mismo. «Luego», me susurra. No le respondo.

—Voy a pedir un plato de cada, chicos. —Cata saliva mientras lee la carta de arriba abajo—. Tengo tanta hambre ahora mismo que podría comerme la Torre Eiffel cubierta de chocolate y vainilla.

—Yo no sé si ahí dentro llevas un bebé o un dinosaurio.

Mi marido y sus dinosaurios. Yo me lo como a él. Cuando se me pase el mosqueo.

—Por la forma de la criatura en las ecografías, a mí tampoco me queda claro —añado yo.

Cata me da un codazo y hace un mohín.

—Muy gracioso. Para vuestra información, va a ser un bebé precioso.

—Pues claro, no hay Cabana feo. Sin presión, ¿eh?

—Eso no lo ponemos en duda, Cata, pero ¿un bebé humano precioso o un bebé dinosaurio precioso?

Dylan y yo reímos juntos y abrimos nuestras respectivas cartas al mismo tiempo. Yo le guiño un ojo y él me lanza un beso. Supongo que hay costumbres que son inevitables, por muy picajoso que esté yo. Y luego Marcos dice que las tías son complicadas. Yo no encuentro diferencia entre ellas y nosotros, la verdad. O entre ellas y yo.

—Dejaos de gracietas y dadme de comer, nenes.

Pedimos un poco de todo y comentamos el éxito del concierto mientras cenamos. El evento pasará a los anales de la Historia; ha sido grandioso. ¿Poder escuchar a todos esos artistas mundialmente conocidos, tan cerca que casi podía tocarlos? Se te va toda la olla. Excepto por el gilipollas que le ha sobado el trasero a mi marido. A ese lo borro de mis listas de reproducción

pero ya.

—Escúchame bien —me dice Dylan—, no tienes permitido quedar deslumbrado por ningún cantante que no sea yo.

No me hagas hablar, Dylan, no me hagas hablar.

—Claro, como si el veterinario surfista tuviera alguna posibilidad con cualquiera de ellos...

—Ey, que me ligó a mí.

—Más bien fue al revés, y te costó lo tuyo.

—Técnicismos. Se enamoró de mí nada más verme, solo que no quería reconocerlo.

Mi única aportación a la conversación es soplarle el flequillo. O no. Voy a tocarle un poco los huevos a Dylan. Otros le tocan el culo; yo le toco los huevos.

—La verdad es que no. Cero interés tuve.

Dylan frunce el ceño y me mira con sorpresa. Yo observo el plato de Cata: se ha terminado las patatas que acompañaban al pescado, así que pincho las de mi plato y las paso al suyo. Le prometí a River que cuidaría de ella. Y además, sé que le encantan.

—Deja de cebarla, *babe*. Al final va a explotar.

—No la estoy cebando. Tiene hambre.

—Sí la estás cebando, y últimamente tiene hambre las veinticuatro horas del día. Oye, hablando de hambre: estos días en que he convivido con los famosetes —a ver lo que suelta—, me he enterado de un montón de movidas. Yo creía que tú tenías manías, *babe*, pero esta gente te supera de largo y de ancho. No literalmente; es una hipérbole de exageración. Ah, y el pianista que me ha acompañado en *We are the champions* se ha colado cinco veces en la misma estrofa. Seguro que lo habéis captado hasta vosotros. Sin ánimo de ofender con el «hasta vosotros», que ya sabéis que os quiero con locura a los dos, pero tenéis un oído de mierda. A ti te quiero más que a nadie, *babe*, incluso con tu oído defectuoso. Lo complementas con otras cosas. Me gustas tanto con el pelo corto como con el pelo largo, por cierto. No me decido. Y sin ánimo de ofender, Cata, que a ti te quiero un montón, aunque no sea tanto como al nene. No sé por qué os cuento esto. Una cosa me ha llevado a la otra y siempre acabo hablando del pelo de Hugo. En fin, ¿por dónde íbamos?

—Creo que se me está agrandando el estómago —responde Cata.

Yo no puedo dejar de mirar a Dylan; me gusta tanto cuando habla sin parar... Aunque nada de lo que diga tenga que ver con el hambre. Me da la vida. Podría hasta sacar las palomitas; en casa, más de una vez me han entrado ganas de hacerlo: ponerme un gran cuenco de palomitas sobre el regazo, comérmelas de una en una mientras él parlotea sin descanso —y sin ser consciente de que me estoy zampando las palomitas a su costa— y después comérmelo a él. Empezaría por la boca. Siempre por la boca. La boca de Dylan me flipa. Sus labios me flipan.

Dos horas después, en el ascensor que nos lleva a nuestra planta del hotel, me doy cuenta de que quizá sí he cebado a Cata: no tiene buena cara y se sujeta el estómago con las manos.

—¿Te duele la tripa?

—Un poco.

Conociéndola, le duele bastante.

—Voy a pedir una manzanilla al servicio de habitaciones.

—Creo que he comido demasiado. El último pastel sobraba. Ha sido gula, lo reconozco.

—No voy a decir «os lo advertí» —comenta Dylan.

—Ya lo has dicho.

—Es que no controláis. Ninguno de los dos. Tú —Dy se dirige a ella— tienes que echar el freno con la comida: llevas semanas descontrolada. Y tú —me mira a mí— tienes que dejar de

cebarla. Se acabaron los donuts en el trabajo. Y los bocadillos a media mañana. ¿Me habéis entendido? No os oigo.

—Sííí —respondemos al unísono.

—Es increíble que tenga que ser yo el maduro de esta situación.

La verdad es que sí. Admito que tengo a Cata demasiado mimada, pero es que está embarazada. Solo quiero que esté bien. Y feliz.

Entramos en su habitación y pido la infusión por el interfono mientras ella se pone ropa cómoda. Cuando termina, se deja caer en la cama, derrotada (dejarse caer es una forma de hablar; en realidad tiene que hacer varias maniobras para encontrar postura). Pobre. Menudo barrigón. Le pongo la mano en la frente; su temperatura es perfecta.

—No tienes fiebre.

—Estoy bien, Hugo. Solo siento que voy a vomitar mucho y muy fuerte, así que no te acerques demasiado, y menos aún con ese jersiecito marinero tan mono.

—Voy a traerte la papelera por si no llegas al baño.

Nos quedamos con ella hasta que se toma la manzanilla; la dejamos en la cama, viendo *Friends* en el televisor y hablando con River por teléfono, animada. Nos hace una seña para que guardemos silencio y no nos chivemos a su marido de que se encontraba regular. Segundos después, nos echa de la estancia con un movimiento de sus manos y su boca: «Fuera. Fuera. Fuera».

—Llámanos si no mejoras —susurro—. No importa la hora.

—¡Y no te comas las chocolatinas del minibar! —le grita Dylan.

Cata, en respuesta, le lanza una de las zapatillas del hotel. Me desternillo de risa. Salimos al pasillo cubriéndonos la cabeza con las manos y nos dirigimos a nuestra habitación, tres puertas más allá.

—Joder, estoy agotado —declara Dylan de camino.

—Yo también.

Han sido dos días intensos y muy largos. Ayer, Cata y yo pasamos mil horas en el coche para desplazarnos desde el pueblo hasta Hendaya, y luego nos metimos otras cinco en el TGV que nos trajo al centro de París. Llegamos supertarde y apenas nos dio tiempo a acomodarnos. Dylan llegó al hotel todavía más tarde, y esta mañana salimos muy temprano hacia el estadio de Francia; el concierto comenzaba a mediodía y había muchísimas cosas que preparar antes de que abrieran las puertas.

—A ver, no estoy tan tan agotado —dice entonces Dy. Y me regala un alzamiento de cejas.

No respondo.

## 2 El culo trae cola

Hugo

Dylan abre la puerta de nuestra habitación. No he dado más que dos pasos para meterme dentro y ya me aprisiona entre sus brazos; cierra la hoja descansando las palmas de las manos en ella. Me quedo apoyado en la madera. No me besa. No se aproxima a mí ni un milímetro. Solo me mira con sus increíbles ojos aguamarina.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada porque te conozco más que a un Do central.

—Te han tocado el culo delante de mis narices.

—¿Qué? —Dylan retira las manos de la puerta.

—Cuando nos íbamos, te han tocado el culo. Y tú te has reído.

Paso por su lado sin mirarlo y vacío los bolsillos de mi pantalón, tirándolo todo encima del sofá. Cartera, móvil, llave de la habitación... También me desprendo del jersey y me quedo en camiseta de manga corta. Dylan me sigue.

—¿Estás así por eso?

—Sí.

Y entonces comienza a descojonarse. A mí no me hace ni puñetera gracia. Cruzo los brazos en el pecho.

—Joder, *babe*. Por un momento has logrado asustarme y todo. Pensé que te pasaba algo de verdad.

—Bingo. Eso es porque me pasa algo de verdad. ¿Te divierte que no me guste que te toquen el culo?

—La verdad es que sí. Estás celoso. Me pone cuando te enfadas porque tocan a tu hombre. Me pone mucho. —Se acerca a mí e intenta besarme en la boca. Me alejo—. ¿Acabas de hacerme la cobra?

—Me parece la hostia que todo esto te haga gracia.

—Vamos, *babe*, es normal en el mundillo. Yo mismo lo he hecho un millón de veces. No significa nada. Es un gesto casual entre compañeros de profesión.

—¿Te lo parece?

—Me lo parece.

Ríe de nuevo. De lujo. Ahora sí estoy cabreado.

—Alucino, Dylan. Alucino. ¿Así que es normal que te toquen el culo? ¿Y yo tengo que mirar para otro lado y que me importe una mierda? Lo siento, pero no. Yo no soy así. No soy así de liberal ni pertenezco a ese mundillo ni lo entiendo. Yo solo sé que te han tocado el culo y que me ha molestado. Creo que existen límites. Y ese es un límite para mí. No quiero montarte una escena ni echarte la culpa a ti porque no la tienes, pero me molesta que no lo entiendas y que te lo tomes a risa. Y aún me jode más que sea algo *recurrente* en tu vida.

Dylan vuelve a merodear en torno a mí, meloso. Me agarra por la cintura y acerca su boca a mi cuello.

—Vamos, no te pongas así, tontorrón. A ti también te dan palmadas en el culo y yo no digo nada.

Reparte besos suaves por mi cuello...

—Mi *hermano* Marcos me da palmadas en el culo. Y se lo permito porque es mi hermano. Los desconocidos no me dan palmadas en el culo.

—No era un desconocido, era un compañero.

—Mis compañeros tampoco me soban el culo.

Sus besos continúan...

—Pero es que tú tienes un palito metido por él. —¿¿Perdona?? Lo agarro por los hombros y lo alejo de mi cuello—. Ey, no me apartes. Que a mí me encantas y eres el amor de mi vida —dice con guasa—, pero eres un borde y se te ve de lejos. Cuando te conocí, no me atrevía ni a soplarte el flequillo; como para tocarte el culo, así, a lo loco. ¡Ni borracho! Apreciaba mi vida. Y sobre todo, mi mano. Capaz de cortármela, tú.

Vuelve a acercarse y yo vuelvo a alejarme unos pasos. Ríe de pura incredulidad por lo que acaba de soltar por la boca. Buah. ¡La lengua, le voy a cortar! Entonces suena su teléfono. ¿A estas horas? ¿En serio? Y lo peor de todo es que se dispone a cogerlo.

—Ni se te ocurra responder.

—Es Dawn —me explica, como si el hecho de que lo llame su mánager lo justificara.

—¿En serio, Dylan? ¡Estamos discutiendo!

—No. Tú estás discutiendo; yo estoy agotado y solo quiero meterme en la cama contigo y abrazarte. Que también me encantaría hacer otras cosas, pero, por la forma en que te late la vena del cuello, me da que hoy no voy a tener suerte. Cinco minutos, y seguimos por donde tú quieras, *babe*. —Y descuelga—. Hola, Dawni.

Niego con la cabeza. Estoy flipando. Entiendo que Dawn quiera saber cómo ha ido todo, puesto que no ha podido acudir al concierto por motivos de trabajo, pero ¿no puede llamarlo mañana? Y Dylan ¿tiene que ponerla al día en mitad de una discusión? Vale. Como no quiero explotar, y estoy a punto de hacerlo, decido largarme a escupir mi veneno a otra parte. Así, tal como estoy. Solo cojo del sofá la llave de la habitación.

—*Babe* —me llama Dylan al verme abrir la puerta. No me giro ni para decirle adiós—. ¡*Babe*! ¡Hugo, joder!

Bajo por las escaleras de mármol, enmoquetadas en color rojo y dorado. Una vez en recepción, y con la ostentosa lámpara de araña sobre mi cabeza, me doy cuenta de que no sé a dónde ir. No tengo dinero. Lo he olvidado en la habitación. Podría ir al bar del hotel a tomar un refresco, pero me intimida un poco. Todo en este hotel me intimida un poco. Hasta los embellecedores de los interruptores de la luz. No estoy acostumbrado a este lujo tan... majestuoso. Necesito aire. ¿Y está sonando una canción en castellano por el hilo musical? Me dirijo a la puerta giratoria y saludo con la barbilla al empleado, que me hace un gesto con la mano para que pase.

*Si dices que te vas.*

*Estás rompiendo el mundo sobre mí.*

*Si dices que te vas.*

*No sé cómo vivir.*

Salgo a la calle, doy unos pocos pasos y me apoyo en la primera columna; forma una especie de recoveco con la fachada del hotel y me confiere intimidad. El cielo está superoscuro y, a pesar de ser solo las nueve, no hay apenas movimiento en la calle. Echo un vistazo alrededor y, como no me ve nadie, me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo. Estoy exhausto. Me abrazo.

Hace un frío de pelotas y voy en manga corta. Cierro los ojos para descansar. Solo un ratito, mientras me calmo e intento comprender el punto de vista de Dylan. Dylan y yo no siempre nos entendemos a la primera. Ni a la segunda ni a la tercera ni a la cuarta. A veces nos cuesta llegar al mismo punto. Pero siempre llegamos. Como en los ejercicios de matemáticas sobre trenes. Un tren sale del punto A y otro del punto B. No importa lo lejos que estén el uno del otro ni la velocidad a la que viajen: al final, siempre se cruzan.

Lo siguiente que sé es que alguien me zarandea y me habla en inglés.

—Señor. ¿Señor?

Abro los ojos, desorientado.

Tres personas me observan desde arriba. Dos de ellas van vestidas de uniforme. Policías. Me miran con mala hostia. ¿Por qué los franceses tienen tanta mala hostia? ¿Y dónde estoy y qué ha pasado?

—No está permitido dormir en la calle, señor —me dice el empleado del hotel; lo reconozco—. No en esta calle, al menos. Ofrece una muy mala imagen para el hotel. Los gendarmes querían multarlo; ya les he explicado que es usted un cliente y he conseguido que transijan, pero tiene usted que levantarse.

¿Dormir en la calle? ¿Me he quedado dormido en la calle? Vale, sí. Y he discutido con Dylan.

—¿Qué hora es? —pregunto a la vez que reviso mi reloj.

—La una de la mañana.

¡Joder! ¡Han pasado cuatro horas! Me he dejado el móvil en la habitación y seguro que Dylan está loco de preocupación. Me levanto a toda leche y corro hacia la puerta giratoria. Subo las escaleras de otra carrera y saco la llave de la habitación del bolsillo antes de llegar. Abro y...

La estancia se encuentra en penumbra, tan solo iluminada por la débil luz que emite la pequeña lámpara que hay a la entrada. Dylan ha movido uno de los sofás hasta quedar frente a la puerta y está sentado en él con los brazos apoyados en las rodillas. No tiene buena cara. El pelo, hecho un desastre. La misma ropa que llevó en el concierto. No se ha quitado ni las Adidas blancas. Y hay un silencio sepulcral.

—Lo siento —me disculpo nada más entrar.

—¿Dónde has estado, Hugo? —pregunta con voz áspera.

—Se me ha ido la hora sin darme cuenta.

—Se te han ido cuatro horas.

Se levanta del sofá y se acerca a mí.

—Lo sé, lo sie...

—¿Has ido a que te soben el culo? Te has tomado tu tiempo, ¿no?

La disculpa muere en mi boca. Y yo también muero un poco por dentro. Comienzo a temblar, pero no sé si es por el frío que aún alberga mi cuerpo o por el cabreo que empieza a formarse en mi estómago.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—¿Me estás acusando de algo?

—Solo es una pregunta.

Lo miro a los ojos. Él me sostiene la mirada. Bien, porque quiero que me lo diga en mi cara. Le hablo alto y claro:

—Repítemela.

—Quizá solo querías probarlo para ver que no pasaba nada. Que no conduce a nada.

—Repítemela, Dylan —insisto, muy serio.

Me sostiene la mirada unos segundos más y entonces eleva los brazos al cielo, frustrado.

—¿Y qué coño quieres que piense?! Te largas cabreado conmigo y desapareces durante cuatro putas horas. Cuatro. Putas. Horas. ¿Dónde coño has estado?

—Sobándome con otros tíos. ¿Y sabes qué? Llevabas razón. No es para tanto. Es un acto natural y casual que no tiene por qué significar nada. Me han tocado el culo cuatro tíos diferentes. Y yo se lo he tocado a ellos. Y hasta luego. Hemos quedado como amigos.

—No estás hablando en serio.

—¿Por qué no?

—Tú jamás harías eso.

—¿Y ENTONCES QUÉ COÑO ME ESTÁS PREGUNTANDO, DYLAN?

—¡Solo quiero saber dónde has estado! Estaba preocupado. ¡Estaba acojonado! Se me han pasado mil historias por la cabeza; te has ido muy cabreado y yo he reproducido nuestra conversación mil veces y... y entonces te he visto entrando en un bar, para emborracharte. Un tío se ha dado cuenta, incluso estando tú de espaldas, de que eres guapísimo; todo el maldito bar se ha dado cuenta, en realidad (salta a la vista, ¿no?), y se te ha acercado por la izquierda —¿por la izquierda? ¿En serio? Pues sí que lo ha recreado bien—, se ha sentado a tu lado en la barra y ha empezado a ligar contigo. Ha visto que estabas jodido y quería consolarte. Tú continuabas bebiendo. Se te ha ido la mano con el alcohol; en las películas, el protagonista está siempre tan borracho y la otra persona insiste tanto que al final le acaba tocando el culo. No te ha dado tiempo a apartarte. Yo tengo demasiada imaginación y tú estabas enfadado conmigo. Verde y en botella.

Qué fenomenal, oye.

—Pues ya lo has dicho tú todo. Muy bien, Dylan. Te doy un diez.

Me dirijo al sofá. Ahora mismo, lo último que quiero es meterme en la cama con él. Sin embargo, Dylan me intercepta a medio camino.

—Hugo. Por favor —me coge el brazo, suplicante—. Dios, estás helado.

¡Porque me he quedado dormido en la puta calle en manga corta!

—¿Me ves borracho, Dylan? —le pregunto.

—No.

—Lo que más me cabrea, aparte de la obvia falta de confianza...

—Yo confío en ti, pero en el resto del mundo, no.

—... es que no te has preocupado por mi integridad física. Podía haberme pasado algo.

—También lo he pensado. Pero enseguida lo he descartado. Las noches en que sales en coche a toda hostia para atender alguna emergencia, sí me preocupo. Soy incapaz de conciliar el sueño hasta que vuelves a casa. Suelo hacerme el dormido, para que no me descubras y te sientas culpable por tener que ir a trabajar a esas horas. Siempre me das un beso cuando te metes en la cama de nuevo, conmigo. Cuando te vas a pie, no me preocupo. Y hoy te has ido a pie.

—Podían haberme atracado.

—No te has llevado la cartera. No tenías dinero que robarte.

—Podían haberme acuchillado por «no llevar la cartera y no tener dinero que robarme».

—¿Puedes no sembrar ideas en mi cabeza para la próxima vez, por favor? Prefiero que otro te toque el culo a que te acuchille.

—¡Faltaría más! No me puedo creer que te hayas montado esa historia en la cabeza.

—¡Te has ido de noche por París! De noche, por París, solo hay antros de perversión. ¡Eso lo sabe cualquiera!

—Al puto Moulin Rouge me he ido, no te jode.

Dylan me mira y... rompe a reír a carcajadas. Se acerca corriendo a mí y me abraza con fuerza. Me acaricia los brazos arriba y abajo para ayudarme a entrar en calor.

—Estás congelado. ¿Dónde te has metido?

—Suéltame.

—No. No quiero. Perdóname. Perdóname por tomarme a broma tu enfado. Jamás pensé que pudiera molestarte porque jamás me he visto en una tesitura igual, pero cuando te he imaginado borracho en el bar, y a ese tipo aprovechándose de ti, me han entrado ganas de vomitar. No quiero que nadie que no sea yo te toque el culo. No voy a dejar que nadie me lo toque a mí. Te lo prometo.

—Dylan, yo no quería hacer un drama de todo esto.

—Las discusiones conmigo siempre se convierten en drama. Soy artista, *babe*. Soy muy intenso. Ya deberías haberte acostumbrado. ¿Me perdonas?

—Sí.

—No vuelvas a marcharte sin el teléfono móvil, ¿OK?

—OK.

Me voy a dormir. Se me ha quedado mal cuerpo. De camino, me quito las deportivas. Casi tengo que saltar a la cama: está altísima. La ropa, ni me molesto en quitármela. Me tumbo boca abajo y estrujo la almohada. Solo quiero descansar y entrar en calor. Enseguida siento el peso de Dylan sobre el colchón y, poco después, sobre mi cuerpo. Vuelve a abrazarme con fuerza y coloca su rostro junto al mío.

—¿Vas a decirme dónde has estado? Ya es simple curiosidad.

—En el suelo, aquí abajo.

Se deja caer y me mira de frente.

—¿Cómo que en el suelo aquí abajo?

—He salido a tomar el aire, me he sentado al lado de una columna y me he quedado dormido.

—¿Te has quedado dormido en el suelo?

—Sí.

—¿Cuatro putas horas?

—Sí.

—¿Justo aquí abajo?

—Sí.

—Eres superidiota —dice con una sonrisa sincera. Voy a replicar, pero me cierra la boca con la suya. Me besa suave—. Y te quiero. Te quiero mucho, Hugo. Te quiero más que a nada en el mundo. Más que a mí mismo.

—No vuelvas a desconfiar de mí, Dylan.

—No he desconfiado de ti. Te juro que en todo momento le echaba la culpa al otro tipo.

—Dylan...

—Estaba preocupado, Hugo. Y enfadado. Enfadado porque llevabas cuatro horas desaparecido y porque te habías dejado el móvil aquí y no podía llamarte. No te voy a negar que te he visualizado en ese bar, emborrachándote, pero yo sé que tú jamás me traicionarías. Ni siquiera sin querer. Cuando has llegado, he tenido que soltar mierda para relajarme. Era eso o arrodillarme y abrazarme a tus piernas.

—Hubiera preferido lo último.

—Lo dejamos para la próxima ocasión en que nos peleemos. Y ahora dime que me quieres.

Me da otro beso rápido en la boca.



—Te quiero.

—Ya lo sé. También tienes los labios congelados. Pobrecito mío.

—Querían multarme.

—¿Quién?

—La policía.

—¿Te ha despertado la policía?

—La policía y el tipo de recepción. —Dylan se descojona de risa, una vez más—. No te rías.

Y ni se te ocurra contárselo a mis hermanos.

—No prometo nada. A no ser que me pagues, claro. Si me pagas, mi boca es una tumba.

—¿Que te pague?

—Claro. Dame un beso. Aquí, en la boca. —Se la señala con el dedo índice—. Un beso de amor. Y afloja ese morro de borde perdonavidas o no vale.

—Tú sí que eres superidiota.

Dylan solo se señala de nuevo la boca a la espera de su beso. Despego la cabeza de la almohada y se lo doy, con suavidad pero de verdad. Con amor. Dylan me lo devuelve, y el contacto dulce y ligero se profundiza cuando se precipita sobre mí, ferviente y necesitado. Con lenguas. Con su saliva y su sabor en mi boca. Con sus manos en mi cintura y las mías en su cabello. Me coloco de costado, levanto una pierna y aprisiono su cuerpo contra el mío. Dylan nos hace girar y queda totalmente encima de mí. Nos besamos en la cama, con la ropa puesta, durante minutos y minutos. No necesito nada más, podría pasarme así días enteros. Pero entonces Dylan sonrío contra mis labios:

—¿Nos vamos a desnudar o qué?

—Estoy muy bien así.

Nunca me he parado a pensar en la caducidad de los besos. O en su desgaste, mejor dicho. Besar cada día, a cada hora, a la misma persona puede provocar que uno se sacie. O que se canse. No de amarla, pero sí de esa necesidad de tocar sus labios con los suyos. Como un chupachups. Lo chupas y te vas colmando de su sabor. Y una vez que lo acabas, te quedas saciado. Yo ahora, aquí tumbado, en esta cama del que probablemente sea el hotel más exclusivo de París, con la ropa puesta y con Dylan encima de mí, me doy cuenta de que jamás me cansaré de sus labios. Al contrario: cada día quiero más. Besarlos surte en mí el efecto contrario al del chupachups: mis ganas crecen.

Dylan me mira a los ojos durante lo que parece una eternidad. Yo podría vivir en esos ojos. Son los ojos más bonitos que he visto.

—Yo también estoy de puta madre. Pero ahora quiero más.

Nariz con nariz, su aliento roza mis labios mientras cuele las manos por debajo de mi camiseta y me la saca por la cabeza; la lanza hacia atrás, por encima de la suya. Contempla con deseo mi pecho desnudo y lo besa con ternura. A mí se me endurecen los pezones bajo su toque, por muy tierno que sea todo, y cuando se mete uno en la boca y lo retuerce entre sus dientes, un gemido sale de mi garganta.

—Has entrado en calor. —Como para no entrar en calor. La habitación entera ha entrado en calor. La atmósfera se ha impregnado del aroma embriagador a Dylan y a sexo—. Eres tan perfecto, *babe*. Hasta los pelos rubios de tus brazos me gustan.

Me incorporo y lo empujo para que quede él sobre su espalda, debajo de mi cuerpo. Es mi turno.

—Tú eres perfecto.

—Ayer me dijeron que tengo un ombligo raro.

¿PERDONA?

Dejo de besarlo y levanto la cabeza.

—¿En qué contexto alguien ha visto tu ombligo y te ha dicho eso? Mira que no quiero tenerla otra vez, Dylan.

¡Menudo día llevo, joder!

—¿Por qué has dejado de besarme? Necesito mimos. Mi ombligo y yo los necesitamos.

—¿En qué contexto alguien ha visto tu ombligo y te ha dicho eso?

—Ha sido uno de los integrantes de Coldplay. Yo estaba sudado después de ensayar y me cambié de camiseta. No se fijó ni en mis increíbles abdominales ni en mis pezones de anuncio de *piercing*. Me dijo que mi ombligo era raro.

—Ese tío es idiota. Tu ombligo es perfecto. Es el ombligo más bonito del mundo.

—¿Tengo el ombligo más bonito del mundo?

Le retiro el pelo de la frente y le acaricio el cuero cabelludo. Y la ceja donde solía llevar el *piercing* que tan loco me volvía. Se lo quitó cuando dejó de ser *rockero*. No iba con él. Sin embargo, su rostro me vuelve loco igual. Con *piercing* o sin *piercing*.

—Por supuesto que sí. Y los brazos más bonitos del mundo. —Se los beso—. Y el abdomen más bonito del mundo. —Se lo beso—. Y el culo más bonito del mundo. —Le beso la cadera—. Y las piernas más bonitas del mundo. —Se las beso.

—Ey, ey, ey. Te has saltado una parte importante en ese recorrido tuyo, Cabana.

Sonríó y subo un poco. Me detengo un segundo en su entrepierna y me dirijo con rapidez a su rostro.

—Y los ojos más bonitos del mundo.

Ahora es Dylan el que me estampa contra el colchón y se sube encima. Comienza a acariciarme la polla, ya erecta, a través de los pantalones, sin más ceremonias, y a chuparme de nuevo los pezones, dando vueltas con la lengua. Me sobra la ropa. La mía y la suya.

—Quítate la ropa.

Dylan se endereza y se desviste, de rodillas sobre la cama, muy despacio. Desliza la cremallera de sus vaqueros hacia abajo mientras no deja de mirarme. Hay oscuridad, pero no es absoluta. La luz de la entrada ilumina lo suficiente la cama de dos por dos como para apreciar algunos detalles. Por ejemplo, que mi marido es acojonantemente sensual. Me flipa que, aunque lo haya visto desnudo millones de veces, aún me cree esta expectación. Expectación por ver una polla que me folla casi a diario.

Se baja los pantalones junto con la ropa interior y se deshace de las deportivas y los calcetines; todo acaba en el suelo con mi camiseta. Después acerca las manos a mi cremallera y me quita los vaqueros y los bóxer. Se lo lleva todo por delante. Los dos quedamos desnudos. Sin más obstáculos entre nosotros. Nos miramos.

—Ven aquí —le digo.

Dylan se agacha de nuevo y se tumba sobre mí. Me vuelve loco la forma en que su cuerpo se adapta al mío. Duro. Nos besamos durante otra eternidad más. Solo nos besamos, mientras frotamos nuestras respectivas erecciones y damos vueltas por la cama entre jadeos y golpes de corazón. Me duelen los labios de tanto besarnos. Los tengo en carne viva. Y la mandíbula, irritada por el roce de su barba, que comienza a crecer. Nos relajamos poco a poco y compartimos besos ligeros en la boca. Miro a mi marido y, a pesar de la penumbra, veo las ojeras bajo sus párpados.

—Estás agotado.

—Y tú.

- Yo he dormido cuatro horas.  
—Sí, en el puto suelo.  
—Contra una columna, en realidad.  
—Ponte boca abajo.  
—¿Para qué?  
—Tú ponte boca abajo.

Hundo la cara en la almohada y Dylan se sube encima. Alcanza el bote de aceite que dejamos ayer en la mesita y me aplica un buen chorro sobre la espalda y el trasero.

- ¡Está helado! —me quejo.  
—Shh, calla.

Masajea, con manos resbaladizas, toda mi piel, y a mí me hormiguea la mitad del cuerpo. El vello erizado. Me masajea despacio. Sensual. Siento la humedad que deja mi polla en el edredón. Estoy muy excitado. Dylan me frota la espalda un poco más mientras mueve las caderas en círculos sobre mis nalgas. Dios, voy a correrme. Levanto el culo y lo aprieto contra él; podría encajar su polla ahora mismo. Hasta que me cubre con su cuerpo, acerca su boca a mi cuello y empuja su erección sobre mi trasero. Gimo de nuevo.

- Entra, Dy. Entra.

Me agarra las caderas y empuja dentro. Yo extiendo los brazos y las piernas y dejo que me tome por completo. Dylan encuentra mis manos y entrelaza sus dedos con los míos sin dejar de arremeter con sus caderas. Muy lento. Muy suave. Inspiro profundo. Entra. Espiro. Sale. Inspiro profundo. Entra. Espiro. Sale. No vuelve a entrar. Me da media vuelta y quedamos cara a cara. Yo abro las piernas todo lo que dan de sí y me derrito por la forma en que sus ojos me contemplan. Agarra mi erección con su mano cubierta de aceite y comienza a masturbarme. Me masturba durante varios minutos, y en ninguno de ellos dejamos de mirarnos a los ojos. «Bésame», le suplico poco después. Necesito que lo haga. Entonces se tumba sobre mí. Pecho con pecho. Mira mi boca y resigue mi labio superior con la yema de los dedos antes de inclinarse para besarme. Alcanzo su erección y, con la ayuda de su empuje, vuelvo a meterla dentro de mi cuerpo. A donde pertenece. Dylan comienza a moverse de nuevo; a mí me flipa la forma en que sus músculos se contraen. Inspiramos y espiramos juntos. Jadeamos juntos. Nuestros pulsos al unísono. Sudamos el uno contra el otro, su frente descansando sobre la mía. Sus gemidos resonando en mi oído. Es perfecto. Nunca ha existido nada más perfecto.

Mis piernas envuelven su cintura y hacemos el amor durante prácticamente toda la noche mientras Dylan me canta al oído:

—«*Everybody here is out of sight. They don't bark and they don't bite. They keep things loose they keep it tight. Everybody's dancing in the moonlight.*»

Y así es como me duermo.



El maldito despertador suena como cinco minutos después de quedarme plácidamente dormido. Palpo las sábanas en busca de Dylan para remolonear un rato más, pero no lo encuentro. Abro los ojos. La luz entra de pleno en la habitación y Dylan canturrea de un lado para otro. Entonces me ve.

—¡Buenos días!

—Lo tuyo no es normal.

—¿Qué puedo decirte? Hacerte el amor durante toda la noche me espabila y rejuvenece a partes iguales. Vete despertando: hemos quedado en menos de una hora con Cata. Os acompaño a la estación.

Dylan tiene que quedarse un día más en París. Ha concertado una reunión de trabajo con no sé qué músico para no sé qué proyecto en común. El hombre en cuestión vive aquí y Dylan ha aprovechado el viaje para poder tratarlo en persona.

Me desperezó y me levanto de la cama. Enciendo el televisor para ir despejándome y voy al baño a mear. Cuando vuelvo, me tumbo de nuevo, boca abajo, con mis pies en el cabecero y la cabeza a los pies de la cama. La verdad es que esta habitación es una pasada y poco la hemos aprovechado.

—¿Todavía así, *babe*? —me pregunta Dylan al pasar.

—Ahora voy.

—A ver, ven aquí, ¿cómo va esa espalda?

—Va.

Se acerca y me clava los dedos en los hombros sin apenas agacharse. La cama es tan alta que queda a la altura idónea. Parece diseñada para dar masajes.

—Esta vez puedo hacerte uno de verdad. Nada de sexo. Lo prometo.

—Estoy bien.

—Venga, que por ser tú te lo hago gratis. ¡Te quejarás! En palmitas te tengo, *babe*. Joder, estás tenso. Yo entiendo de tensiones. Tienes que relajarte. Trabajas demasiado y te machacas demasiado. En cuanto regrese a casa, pienso llevarte al *spa* del Sol y Mar. Conozco a una de las chicas y puedo convencerla para que se olvide de nosotros durante una hora después de que nos cubran por completo de chocolate.

—Por supuesto que te has hecho amigo de las chicas del *spa*.

—Tengo un carisma irresistible. ¿Tú no lo notas?

Cada día. Irresistible es todo él. De hecho, yo no me he levantado con energía para más sexo, pero es que su entrepierna queda justo a la altura de mi rostro mientras me masajea, y solo lleva puestos unos bóxer limpios. Rodeo su cintura y le aprieto las nalgas. Lo acerco a mi boca y le beso la cinturilla de la ropa interior. Huele a jabón. A jabón y a Dylan.

—*Babe...*

—Tú sigue con tu masaje. Haz como si no pasara nada.

—¡Como si pudiera!

Le bajo los bóxer y su erección salta. Me la meto en la boca y le hago la mejor mamada de nuestra vida. Antes de que quiera darme cuenta, Dylan vuelve a follarme por detrás, sin descanso, fuerte, sobre el sofá (me ha dicho que quería cambiar de emplazamiento). Cincuenta minutos después, salimos a toda leche de la ducha. Él, por segunda vez esta mañana.

Toc. Toc. Toc.

—Ha llegado Cata. Ya puedes darte prisa en vestirte.

# 3 El último minuto de nuestras vidas

Hugo

—Al final perdéis el tren. Vamos, entrad. —Dylan me da un último beso rápido en los labios y a mí me cuesta la vida dejarlo en el andén. Cata sube al vagón delante de mí y me dice que me espera en el asiento.

—Me está costando un mundo irme —confieso.

—Mañana por la noche me tienes en casa otra vez, revoloteando a tu alrededor a todas horas. ¿Peli y hamburguesa para cenar? Me toca a mí elegir la peli.

—Peli y hamburguesa para cenar. Y yo creo que me toca a mí.

Dylan sonrío. Es una confirmación: me toca a mí. Siempre intenta colármela.

—Hasta mañana, *babe*.

—Adiós. —Otro beso rápido y subo al tren.

Me dirijo a mi asiento sin mirar atrás; si veo a Dylan una vez más, no me marchó. Me siento junto a Cata y le cojo la mano.

—¿Estás bien? —pregunto.

De camino a la estación nos ha dicho que el estómago dejó de molestarla una vez que se tomó la manzanilla, pero no tiene muy buena cara.

—Estoy revuelta.

—Revuelta, ¿cómo?

—No sé. Rara.

De pronto, todas las alarmas se disparan en mi cabeza.

—¿No estarás de parto?

Los dos rompemos a reír al cabo de un par de segundos. Reímos fuerte pero también con una pizca de inquietud.

—¿Te imaginas?

—La verdad es que no.

—Es casi imposible. Aún me falta un mes. Estamos delirando. No me jodas, Hugo, ¿eh?

—¡No me jodas tú! Controla a ese bebé. ¿Te pido otra manzanilla?

—Sí, por favor. Es la gastronomía de este país; la cena de ayer todavía me pesa. No te imaginas qué ardores de estómago. Se me fue la mano.

Eso es cierto.

—A partir de hoy, controla las comidas.

—Mucho quieres tú que controle.

Me levanto y, de camino al vagón restaurante, me conecto a internet y tecleo con rapidez: «Posibilidades de parto en humanas en la semana treinta y seis de embarazo». Leo las estadísticas y... Dios, qué calor hace en este tren, ¿no? Pido una manzanilla para llevar y me tomo una Coca-Cola, ya que estoy aquí. Se me ha bajado el azúcar de golpe. Prosigo con la búsqueda: «Cómo asistir un parto en humanas». Solo por si acaso. Río de nuevo para mis adentros. Pero incluso en mi cerebro, la risa suena escalofriante. Aun así, no dejo de leer. Pincho en las imágenes. Necesito verlo. Levanto la vista del teléfono y contemplo el paisaje por la

ventanilla. Estamos en medio de la nada. Ya hemos dejado París atrás.

—Perdona —me dirijo al camarero en inglés—, ¿cuánto tiempo queda para la primera parada?

—Burdeos. Unas dos horas.

—Dos horas. Ya. ¿Y hay hospitales para humanos, en plan hospitales hospitales, en Burdeos? Nunca he estado en Burdeos.

—¿Disculpe, señor? —Me mira como si no hubiera captado bien mi pregunta y yo le resto importancia con un gesto de la mano. Termino mi bebida, cojo la manzanilla y regreso con Cata.

—¿Qué tal estás? —tanteo al llegar.

—Creo que bien. Solo me duele un poco la tripa.

—Tómame la manzanilla e intenta dormir.

Cata asiente, bebe la manzanilla y descansa la cabeza sobre el cristal de la ventana. Creo que nunca he tenido tantas ganas de llegar a mi destino. Y acabamos de arrancar. Aunque me estoy preocupando por nada. Cata no puede ponerse de parto. ¿Justo en los únicos tres días que sale del pueblo? Eso solo pasa en las películas. «Tranquilo, Hugo».

«Llama a River».

Un despliegue de helicópteros sobrevolando el tren y agentes del CNI irrumpiendo en el vagón se dibuja en mi cabeza.

«Mejor no llames a River».

Primero me llega el dolor lacerante de mi mano. Después, el grito.

—¡Hugo!

—Joder. —Abro los ojos y me incorporo. ¿Dónde estoy?—. ¿Qué?

—Creo que estoy de parto.

Me despejo al instante. Cata respira con dificultad y se revuelve inquieta en el asiento. Se me ponen los pelos de punta.

—No me jodas. ¿¿Ahora??

—Me duele. Pero de pronto mengua un poco el dolor. Y luego vuelve a doler. Y pasa muy seguido. ¡Eso son contracciones, Hugo!

Apenas la escucho; me levanto de mi asiento y grito a cualquiera que pueda oírme:

—¡Parad el tren! ¡Mujer de parto!

Dios, parezco Priscila con su «protesto» en la boda de Marcos. Vuelvo a Cata. Le agarro la mano y le hablo mirándola a los ojos:

—Ey, tranquila, ¿vale? Vamos a llevarte a un hospital ahora mismo.

Siento la presencia de un montón de gente detrás de mí; ha venido todo el maldito vagón a comprobar lo que sucede, y casi todos con preguntas irrelevantes. Por supuesto que no está bien y por supuesto que le duele. Y por supuestísimo que está de parto. No hay más que verla.

—¿Alguno de vosotros es médico? —pregunto en general. Todos niegan con la cabeza. No me lo puedo creer—. ¡Preguntad en los demás vagones! Y que detengan el putito tren.

Algunas personas salen disparadas hacia los vagones contiguos y otras se quedan a mirar. Una chica asegura que es dentista. Otra es dermatóloga. Hay otro veterinario. Aparece más gente a nuestro alrededor. Traumatólogo. Farmacéutico. Pero ningún ginecólogo. Ni siquiera enfermeros o enfermeras ni, mucho menos, matronas. Nada relacionado con la obstetricia. Y la música del hilo musical que no deja de sonar: *I promised myself*. Me desconcentra.

—Señor. —Por fin aparece una de las azafatas.

—Está de parto; hay que detener el tren.

—He hablado con el maquinista. Vamos a continuar hasta la próxima parada, es lo más rápido. Allí los esperará una ambulancia para trasladarlos al hospital. ¿Cómo se encuentra la señora?

—Se encuentra de parto. ¿Y si no llegamos? —Una pregunta que no sé si va dirigida a ella o a mí.

—Vamos a aumentar la velocidad. Llegaremos. Los partos se toman su tiempo. Yo he tenido dos hijos y sé de lo que hablo. Tranquilícese, señor. Todo va a salir bien. ¿Necesitan algo?

—Un obstetra.

—Voy a encargarme de buscar por todo el tren a alguien que pueda ayudarnos en caso de... ya sabe.

—Hugo —me llama Cata. Tiene los ojos anegados en lágrimas—, me duele.

Joder. Si Cata dice que le duele es porque le duele mucho. Tiene un umbral del dolor muy alto. Un día en la clínica se cortó en un dedo y apenas se quejó.

Y la gente que sigue a nuestro alrededor, cotilleando y agobiándola. La van a dejar sin aire. Me cabreo.

—¡Fuera todo el mundo, joder!

—Vuelvan a sus asientos, por favor —pide otra azafata con amabilidad. Con amabilidad, mi

abuela.

—¡A VUESTROS PUTOS SITIOS!

—Hugo.

—Aguanta, Cata —le aprieto la mano—. Llegamos enseguida. Solo tienes que aguantar un poco.

—Me duele mucho. Cada vez más.

—Ya lo sé. Enseguida llegamos al hospital y dejará de dolerte.



—¡Dios! ¡Dioss!

Contemplo horrorizado a Cata, que se retuerce entre los asientos. Se ha descalzado y levantado hace rato, porque no podía permanecer más tiempo sentada, pero es que ya apenas puede andar. Y no deja de llorar. Las contracciones se presentan cada pocos segundos. He intentado aliviarle el dolor con un masaje en la pelvis, pero esto ya es imparable, no hay masaje que valga una mierda. Estamos prácticamente solos: a la mayoría de los pasajeros los han trasladado a otros vagones e incluso a la cafetería. Solo se han quedado el traumatólogo, la dermatóloga y una de las azafatas, que viene cada cinco minutos. Todos ellos son españoles, y un gran apoyo moral, la verdad.

—¿Qué tal vais? —me pregunta de nuevo la azafata.

—¿Cuánto queda para llegar?

—Poco.

—Daos prisa, por favor.

Estoy empezando a asustarme de verdad.

—Sí, señor. Es cuestión de minutos.

Voy a replicar, pero Cata me reclama:

—Hugo.

—¿Qué?

—Algo no va bien —afirma entre lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—Siento... siento una presión muy g... grande. Como si tuviera un... un ladrillo de cincuenta k... kilos justo encima de mi suelo p... pélvico.

Oh, Dios. Cruzo una mirada con el traumatólogo y con la dermatóloga. Mi mirada es aterradora, lo sé. La suya es circunstancial.

—Túmbate en el suelo, sobre tu espalda.

La ayudamos a hacerlo entre los tres mientras le pido a la azafata que busque lo necesario por si acaso no llegamos a tiempo a la estación, que es lo que tiene toda la pinta de que va a pasar. Cata me mira horrorizada.

—Hugo...

—Shh, tranquila.

Le acaricio la frente, perlada de gotas de sudor. Está temblando.

La azafata (creo que me ha dicho su nombre, pero no lo he memorizado) me trae lo que le he pedido. Casi todo. Lo primero que hago es lavarme las manos con el agua caliente y secármelas con una toalla.

—Voy a hacerte un tacto vaginal para calcular cuántos centímetros has dilatado, ¿vale? Para salir de dudas. —Dios, no he metido la mano en una vagina humana en mi vida—. Abre las piernas todo lo que puedas. Intentaré no hacerte daño.

—¡Haz lo que tengas que hacer!

La desnudo con cuidado y extendiendo mi jersey por encima de su abdomen para preservar su intimidad. La dermatóloga le estrecha la mano y le infunda ánimo; yo introduzco los dedos índice y corazón hasta alcanzar el cuello uterino. Los entreabro, como si fuera un compás, hasta que casi no dan más de sí. Joder. Eso son nueve centímetros. Lo he medido hace un rato por si me tocaba hacer esto. El cuello está prácticamente borrado.

—Has dilatado nueve centímetros.

—Va a nacer aquí, Hugo —llora Cata—, mi bebé va a nacer en el tren. ¿Te acuerdas de cuando ayer llamé a tu hermano «River Maldito Cabana»?

—Sí.

—No estoy enfadada con él porque me duela la espalda. Estoy enfadada porque tengo mucho miedo, Hugo. Tengo mucho miedo al parto. Y aún me quedaba un mes para hacerme a la idea y prepararme mental y físicamente, pero mira dónde estamos ahora.

—Ey, no estás sola. Yo estoy aquí. No te preocupes. Todo va a salir bien.

—Tengo mucho miedo.

Yo también. Y ganas de vomitar.

## Cata

River.

River. River. River. River.

Quiero estar con River.

—River —pronuncio en voz alta.

Hugo levanta la vista y me mira con pena. Lo conozco lo suficiente como para saber que está preocupado. Y acojonado. Y ahora, además, se siente derrotado. Derrotado porque River no está aquí.

—Lo siento mucho, Cata. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya.

Confío en él. Y a su lado tengo menos miedo. Hugo siempre sabe lo que hace.

Entonces grito. Siento como si la columna vertebral se me partiera en dos. Como si yo entera me partiera en dos.

—La ambulancia acaba de llegar —nos explica la azafata—. Se ha acercado a nosotros cuando hemos informado de que el parto era inminente.

—Esto no puede esperar ni un minuto más. Y ahora es imposible moverla.

—Hugo...

—Cata, escúchame. Este es el último minuto de nuestras vidas. Prepárate. —Lo miro. No lo comprendo—. El último minuto de nuestras vidas antes de que seas mamá. Le veo la cabeza, Cata. Ya viene.

Y el mundo deja de girar para mí. Todo se paraliza. Todo, menos mis lágrimas. Lloro. Lloro porque me duele como nada. Pero no solo por el dolor. Lloro porque estoy asustada, porque estoy dando a luz en un tren. Lloro porque River no está conmigo, sujetándome la mano, y su lugar lo ocupa una completa desconocida. Lloro porque nuestro hijo está a punto de nacer. Lloro porque voy a ser madre.

Voy a ser madre.

Y River va a ser padre.

Sigo las instrucciones de Hugo al pie de la letra. Los sanitarios de la ambulancia suben al tren y nos rodean. Y es curioso, pero soy capaz de escuchar la música de fondo a través del hilo musical. Una música que no olvidaré jamás. La música con la que mi hijo está a punto de nacer.

*When I feel that I don't belong.  
Draw my strength from the words when you said.  
Hey, it's about you, baby.  
Look deeper inside you, baby.*

Empujo. Empujo. Empujo. Empujo fuerte y... entonces lo siento.

«Ya está».

Alzo la mirada, cuajada de lágrimas, y veo a mi hijo por primera vez.

Veo a mi hijo. Está bien. Está vivo. Oh, Dios mío. Rompo a llorar.

Hugo me lo deposita en el pecho y se acerca a mí; los sanitarios dicen que a partir de ahora ellos se encargan. Ya no está tan asustado. Ahora parece feliz. Todos lo felicitan. Ha hecho un gran trabajo. Jamás lo he puesto en duda. Me da un beso en la frente.

—Lo has hecho genial. Eres la mujer más valiente que he conocido.

—Gracias por mantenernos a los dos a salvo, Hugo.  
Me sonrío en respuesta.  
—Tengo un nuevo sobrino.

## 4 En un hospital de Burdeos

Hugo

Me desplomo en el pequeño sofá que hay junto a la cama de hospital. Dios, estoy agotado. El trayecto en ambulancia y el ingreso han supuesto una vorágine de emociones. Pero lo importante es que Cata y el bebé están en perfectas condiciones.

Todavía no me puedo creer lo que ha pasado. Hace pocas horas, yo le estaba haciendo una mamada a mi marido, y ahora he ayudado a mi sobrino a venir al mundo a bordo de un tren.

Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Joder, mi marido. No he podido hablar con él. Joder, River. Tengo que llamar a River. Miro la pantalla y, ¡sorpresa!, es River.

—Riv.

—*¡Me cago en la puta, Hugo! Dime que no ha sido mi mujer la que ha dado a luz en el puto TGV.*

—¿Cómo te has enterado?

—*¡No me toques los cojones!*

—Felicidades, hermano —respondo vivaracho—. Ya eres padre. Y los dos se encuentran perfectamente.

Los gritos de mi hermano son tan potentes que tengo que apartar el teléfono de mi oreja. No quiero quedarme sordo. Aun así, sus palabras me llegan nítidas. Hay insultos. Hay amenazas. Hay un poco de todo, la verdad. Y más amenazas:

—*¡Te voy a matar, Hugo! Una y mil veces más. Muy lentamente. ¿Cómo la has dejado subir al puto tren en pleno parto?*

Me acerco el micrófono a la boca para chillarle. Eso sí, chillarle entre murmullos, que el niño y Cata están dormidos.

—No la he dejado subir al tren en pleno parto. ¿Eres idiota o qué? ¡No sabía que estaba de parto!

Retiro el teléfono.

—*¡Eres putoveterinario! Hasta yo me habría dado cuenta de que estaba de parto.*

Me lo vuelvo a acercar.

—*¡Ella estaba bien! Solo le dolía la tripa.*

—*¡Le dolía la tripa porque estaba de parto, Hugo! Deberías haberlo sabido.*

—*¡Yo sé cuándo está de parto una perra, no una humana!*

—*No me jodas, Hugo. ¡TE VOY A MATAR! Y encima llevo horas intentando hablar contigo y no me cogías el teléfono.*

—*¡Perdóname la vida! Estaba ocupado trayendo a tu primogénito al mundo, pero la próxima vez ya le digo que espere, que su querido padre me requiere al teléfono.*

—*Pásame con Cata.*

—*Está dormida. ¿Vienes de camino?*

—*¿Tú qué crees, genio?*

Y me cuelga. Elevo los ojos al cielo. Puto borde. Miro la pantalla y descubro cuarenta llamadas perdidas, entre Dylan, River y mi madre.

—¿Era River?

Dejo el teléfono y levanto la cabeza. Cata se ha despertado. Lógico, con tanto alboroto.

—Sí. Y te ha despertado con sus gritos. —Me acerco a la cama—. ¿Qué tal estás? ¿Te duele algo? Aquí tienen drogas para todo. Tú pide.

—Estoy bien. ¿Viene River?

—Pues claro. Pero te aviso de que está histérico. Ha amenazado como cinco veces con matarme. Y en todas ha especificado que iba a hacerlo muy lentamente.

—Está asustado.

—Es un borde.

—Es un Cabana. Y hablando de Cabanas: míralo, Hugo. —Los dos dirigimos la mirada al bebé, dormido en la cuna del hospital—. Es precioso.

—Lo es.

—¿No tendrá hambre? Quizá haya que despertarlo.

—Yo lo veo bien.

—A ver, acércamelo.

Me levanto para coger en brazos al bebé, pero justo se abre la puerta de la habitación. Espero encontrar a alguna enfermera o enfermero, quizá un pediatra, pero es Dylan quien hace acto de presencia.

—¿Dylan? ¿Q... qué haces tú aquí?

Me da un abrazo gigante. No me quejo. ¿Me he quedado dormido y estoy soñando?

—Felicidades, *babe* —me susurra al oído. Le devuelvo el abrazo con mucha más fuerza de la esperada. Y me distiendo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tenso. Dylan lo nota enseguida. Dylan siempre me nota—. Suéltalo todo y relájate. Ya está.

Me da un sonoro beso en la cabeza y me suelta para ir a donde Cata.

—¿Y qué tal se encuentra la heroína de esta aventura? —La abraza igual de fuerte—. No os puedo dejar solos ni medio minuto. Mirad la que me habéis liado.

—¿Cómo te has enterado y cómo has llegado aquí tan rápido?

Dylan se aleja de Cata para ir hacia el bebé.

—¿Puedo cogerlo? —Cata asiente con una sonrisa. Dylan lo saca con cuidado de la cuna y lo sujeta entre sus brazos. Me estremezco de pies a cabeza, como aquella vez con Álvaro. Me pregunto si...—. A ver, pequeño Cabana, vamos a escuchar cómo suenas. Oh, ¿en serio? Qué interesante. Lo he leído en Twitter —nos dice a nosotros—. Una mujer española se ha puesto de parto a bordo del TGV. Bueno, yo no lo he leído, pero el tipo con el que tenía la reunión, sí, y me lo ha contado nada más vernos; sabía que yo acababa de dejaros en la estación. La noticia se ha hecho viral en muy poco tiempo. Os he llamado a los dos, pero ninguno ha respondido. Sabía que erais vosotros. Me he subido al primer taxi y hemos salido disparados. Le he dado instrucciones al conductor para que siguiera el recorrido del tren. Una vez que hemos sabido, por Twitter también, que había llegado una ambulancia y el bebé había nacido, y que lo habían trasladado, tanto a él como a la madre, al hospital más cercano en Burdeos, hemos venido aquí directamente. En la recepción me han dado el número de habitación. Yo no sé qué pasa con los partos Cabana, pero cada vez os superáis más. Primero, Priscila da a luz en la sala de urgencias del hospital, y ahora tú, en el jodido TGV. Miedo me da cuando les toque a Marcos y a Adrián.

—Si me dices que también hay fotos en Twitter, te juro que monto el pollo —exclamo yo—. ¿De qué van?

—No puedes evitar ese tipo de cosas, *babe*. En las redes sociales, la información viaja a la velocidad de la luz. Pero no hay nada comprometedor. A Cata no se la distingue.

—Aun así...

—Relájate, tío Hugo.

—Oye, ¿y cómo se llama el niño?

—River y yo dudábamos entre dos. Quiero esperar a que llegue para decidirlo.

—Pues nada, lo llamaremos «pequeño Cabana» de momento.

Dylan camina hacia mí con el bebé en brazos y se sienta con delicadeza en el sofá. Yo me reclino contra el respaldo y echo otro vistazo a mi sobrino. Qué guapo es. ¿Y Dylan con él en brazos, ejerciendo de tío responsable? Se te va toda la olla.

—Oye, colega —le dice al bebé—: Mozart y yo no nos llevamos demasiado bien, pero tiene una canción de cuna que es perfecta para ti. Y tú estás por encima de cualquier trauma musical infantil mío.

Dylan comienza a tararear una nana y Cata y yo intercambiamos una mirada. El piano que le regalé a Dylan las pasadas navidades, hace ya cuatro meses, continúa al borde de las escaleras. Yo no pienso moverlo. Ya hablaremos de su trauma musical infantil cuando llegemos a casa.

Poco después, el niño está feliz y tranquilo, pero Cata insiste en que hay que darle de comer. Dylan se lo tiende. Yo estoy de pie junto a la ventana.

—Bueno —dice mi marido tras volver a sentarse—, contadme los detalles más escabrosos. Flipante que hayas aguantado hasta que ha llegado la ambulancia para dar a luz, Cata. ¿Te imaginas que no llegan?

—No han llegado y no ha aguantado.

Dylan se inquieta.

—¿Cómo que no?

—No.

—¿Has parido en el tren?

—Sí.

—¿Cómo?

—Hugo me ha ayudado.

—¿Babe?

Me mira totalmente alucinado.

—Casi todo lo ha hecho ella —alego.

—¿Has asistido a Cata en el parto? Eso no lo dicen en Twitter. Dan a entender que se han encargado los sanitarios.

—Para cuando han llegado, ya estábamos en faena.

—Joder. Estoy flipando. *Babe*...

Me entran de nuevo ganas de vomitar solo de acordarme.

—Ha sido horrible y maravilloso a la vez. Estaba acojonado pero excitado. No quiero repetir, por si os lo estabais preguntando. Lo mío son los animales.

Cata sonrío. Dylan ha enmudecido. Me mira... me mira con ese brillo extraordinario en los ojos, con el que me miró aquella otra vez.

—Joder.

Reacciona, se levanta del sofá y corre a abrazarme.

—Eres único entre los casi ocho mil millones de personas que vivimos en este mundo. Y yo he tenido la suerte de mi vida al encontrarte. —Rompe el abrazo y me coge la mano. Me guía hacia el sofá y nos sentamos los dos en él como podemos—. Y ahora vamos a reconstruir los hechos. Yo te di un beso en los labios e intenté estafarte con lo de que me tocaba a mí elegir la peli de mañana. Tú montaste en el tren. Yo esperé en el andén hasta que os alejasteis, y no eché a

correr detrás de puro milagro. Puedes continuar desde ahí.

Y se lo cuento. Paso a paso. Estoy llegando al final de la historia cuando la puerta de la habitación se abre de nuevo y aparece River. ¿River? ¿Ya está aquí? Dios, no quiero saber cómo ha podido llegar tan pronto desde Alicante.

—Cat Cat...

Corre a sus brazos y ambos se echan a llorar al instante, con su hijo en brazos. Joder, voy a llorar hasta yo. Le hago un gesto a Dylan, que los observa con cara de bobalicón, para que me siga afuera. Se merecen su momento de intimidad, los tres solos. Estamos a punto de salir de la habitación cuando River me llama. Vale, ahora es cuando me mata lentamente. Sin embargo, no lo hace. Al contrario: se acerca a mí y me abraza.

—Gracias —me dice al oído—. Gracias por cuidar de ellos.

Sonríó, le doy unas palmaditas en la espalda y abandono la habitación junto a Dylan.

En cuanto salimos, Dylan me levanta las manos, se las lleva a la boca y me besa las palmas, los dedos, la muñeca.

—Eres un héroe.

—Estaba muy asustado, Dy. Se trataba de la vida de la mujer de mi hermano y de su hijo.

—Estoy seguro de que Cata se ha sentido a salvo en tus manos. Eres la hostia, *babe*. No dejas de sorprenderme. Vamos, te invito a un café.

Bajamos a la cafetería y Dylan aprovecha, una vez más, para llamar a mi madre y contarle la última hazaña de su hijo mediano. Y para anunciarle que es abuela de nuevo. Después, llama a Adri para darle la buena noticia.

—Tengo como mil llamadas tuyas desde ayer —me explica mientras espera a que mi hermano descuelgue—, pero entre el concierto, nuestra bronca, tu desaparición, nuestra reconciliación y lo de hoy no he tenido ni un segundo para llamarlo. —Sé el momento exacto en que Adri contesta y...—. ¡Pollito! ¿Viste el concierto? Brutal, ¿eh? Lo sé. Lo siento, no tengo excusa. O sí. Tu hermano y su lengua de matrícula de honor me confunden.

Pero ¿qué está contando este?

—Dylan, controla, ¿OK?

Ni caso me hace.

—Esta mañana he dejado a Cata y a tu hermano en la estación y poco después Cata ha dado a luz en el tren. No enloquezcas. Están bien los dos, el bebé y la madre. *Babe* ha hecho de matrona. Ha traído al bebé al mundo. ¿No es increíble? Ahora no sabemos de qué nacionalidad es el niño, pero River lo arreglará. —Repito: pero ¿qué está contando este? El niño no tiene ningún problema de nacionalidad—. Ya está aquí, por cierto. Ha utilizado sus superpoderes de espía y ha llegado a Burdeos en un tiempo récord.

Recibo un mensaje en el móvil. Es River.

**River Phoenix:**

Hugo, ¿podéis venir Dylan y tú?

**River Phoenix:**

Tenemos algo que deciros.

**Hugo:**

OK.

**Hugo:**

Estamos en la cafetería.

**Hugo:**

Cinco minutos.



—Dy, tenemos que volver. River nos requiere.

—Te dejo, pollito. —Dylan se levanta—. Nos requieren. Avisa a toda la familia y venid para aquí. Sí. Oye, podemos quedarnos un par de días en plan turisteo familiar. Yo me ocupo de todo. Adiós.

Subimos en el ascensor y tocamos a la puerta antes de abrir. Vuelvo a emocionarme al entrar. River mece al niño en brazos y le habla al oído. Joder, mi hermano es padre. Cuesta asimilarlo.

—Chicos, sentaos —empieza Cata.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que contaros algo.

—Díselo tú, Cat Cat.

—Ya sabéis que River y yo aún no habíamos decidido el nombre del bebé. Dudábamos entre dos. —Tanto Dylan como yo asentimos—. Ya nos hemos decidido. Al final, no será ninguno de los dos.

—¿Y eso?

—No me digas que se te ha subido el francés a la cabeza y vais a llamarlo Pierre o Étienne. Desde ya os digo que, como tío político de la criatura, no pienso permitirlo.

—Vamos a llamarlo Hugo.

—¿Qué? —exclamamos Dylan y yo al unísono.

—¿Hugo?, ¿como yo?

—Sí. Hugo, como tú. —Cata se conmueve y comienza a llorar—. No sé si hubiera podido hacerlo sin ti.

La abrazo.

—Pues claro que sí. Yo apenas he hecho nada. Has sido tú. No tenéis que hacer esto. Podéis llamarlo como os dé la gana.

—Queremos llamarlo Hugo, igual que su tío Hugo.

—No sé qué decir.

—Es un nombre muy bonito —interviene Dylan, estrechándome por detrás—. Felicidades.

Giro la cabeza hacia mi marido; sé lo difícil que habrá sido para él pronunciar esas palabras. No es un nombre que le evoque buenos recuerdos. Le doy un beso en la nariz y él me estrecha más fuerte.

—Lo digo en serio. Es un nombre muy bonito. He aprendido a amarlo y ahora me gusta más que ninguno: Hugo Cabana.

Joder. Hugo Cabana. Mi sobrino va a ser Hugo Cabana. Como yo.

Le hago un gesto a River para que me permita cogerlo y aproximo mi rostro al suyo, diminuto y perfecto.

—Hugo Cabana Berenguer. Bienvenido a la familia. Vamos a quererte un montón.

# **En el pueblo alicantino**

# 5 Antes del maldito beso en el hombro

Jaime

Julen y yo nos conocimos una noche de sábado, el dieciséis de diciembre del año pasado, en una discoteca de las afueras de Alicante, entre adornos navideños dorados y plateados, música de los noventa (*Hungry eyes*), alcohol en cantidades industriales, mil Cabanas alrededor y una iluminación LED un tanto pobre. Y ahora es cuando yo digo que tampoco eran necesarias más luces porque él lo iluminaba todo. Pero no, qué va. La poesía y las frases ñoñas no son lo mío. La verdad es que él no iluminaba una mierda, y menos con la cara que llevaba, que, por mucho que sonriera, yo se la vi a la primera, como un marinero con el catalejo en mano, y lo juzgué como «borde guaperas a la vista».

Yo, a los bordes, los detecto a distancia por mucho que luzcan sonrisas ~~que quitan el aliento~~ de anuncio de pasta de dientes, como Julen aquella noche. No los soporto y me fascinan al mismo tiempo. Oh, pero él llevaba una sudadera de color rosa claro que... juro que fue lo único que vi mientras se acercaba a nuestro grupo. Era una sudadera que no tenía nada especial, ni siquiera una marca, pero llevaba un cordón más largo que el otro, y a mí eso me volvió loco. No es que yo sea un fanático de la perfección (ni mucho menos), como Hugo Cabana, por poner un ejemplo al azar, pero esos cordones yo tenía que igualarlos. El asunto fue que él no me permitió acercarme a menos de un metro de distancia, y cuanto más me alejaba con sus frases afiladas y su actitud a la defensiva, más quería yo alcanzar aquellos cordones.

Creo que lo que acabó de conquistarme de Julen —conquistarme como para querer llevármelo a la cama— fue la manera en que interpretó la sintonía de *La vuelta al mundo de Willy Fog* en un escenario cutre de un local con karaoke todavía más cutre. Cantó y bailó como si le importara una mierda lo que el mundo opinara sobre él, y algo en mi cerebro hizo clic. O, en palabras de mi otra mitad, Priscila Cabana: bum. BUM. BUM. BUM. Y los putos cordones de la sudadera, claro.

Tardé menos de media hora en darme cuenta de que a él también le gustaban los chicos, y comencé a imaginarlo en mi cama, bajo mi cuerpo y sobre él, en mil posturas diferentes del *Kama-sutra*, de una manera muy explícita. Él tardó menos de media hora en darse cuenta de que me lo estaba follando con la mente y en que de vez en cuando, muy de vez en cuando, mi mirada se desviaba sin remedio a Hugo Cabana. Y, cuidado, en aquel momento yo a Hugo lo tenía bastante superado, pero el movimiento de mis ojos no lo podía controlar. Había estado muy colado por él, y Julen lo percibió. O percibió lo que le dio la puta gana percibir.

«¿Quieres un consejo?», me preguntó, en una especie de burbuja acústica que se creó en torno a los dos cuando me acerqué, en un descuido suyo, mientras se apoyaba en la barra para pedir otra copa. No me dio opción a negarme y compartió conmigo su consejito de los cojones, y eso que yo ya tenía una réplica en la boca, una réplica perfecta, por cierto. «La próxima vez que quieras entrarle a alguien, deja de mirar con anhelo al rubiales cada dos segundos. No te ayuda nada». Me dejó sin palabras. Y sin aliento, una vez más. Qué atractivo estaba con aquella sudadera. De cerca, más que de lejos. Y qué poco me dejaba acercarme.

Fui consciente de dos cosas:

Primera cosa: de la importancia de las proximidades. «Cerca». «Lejos». Dos palabras que había aprendido con el muñecote azul de *Barrio Sésamo*, pero que adquirieron un nuevo significado para mí. Cuando estás cerca puedes tocar, oler, sentir, ver y escuchar. Los cinco putos sentidos, vamos. Cuando estás lejos, no. Ni siquiera puedes ver. O no puedes ver de verdad.

Segunda cosa: de que el movimiento de mis ojos, cuando Hugo andaba cerca, no lo podía controlar. De todas formas, quien no mire a su ex cada cierto tiempo que tire la primera piedra, no te jode.

Ahora que lo pienso, sucedió todo con una intensidad excesiva. Serían los adornos navideños dorados y plateados. O la música de los noventa. O el alcohol en cantidades industriales. O los mil Cabanas alrededor. O la iluminación LED un tanto pobre.

Llegué a casa con un zumbido en el oído, ese típico zumbido después de una noche de fiesta, que normalmente tarda unos minutos en irse, pero que no se iba. No era a causa de la música alta. Era la puta sudadera de color rosa claro con los cordones desiguales, y el chico que la llevaba puesta. Un zumbido sin precedentes.

Quería follar con él.



Y ese chico se encuentra ahora mismo plácidamente dormido a mi lado, en mi cama, desnudo y boca arriba (le gusta dormir boca arriba). Resulta que al final follé con él. Hace unos meses, y hace una hora, antes de que cayera rendido a la siesta. La sábana, por debajo de su pelvis, sin dejar prácticamente nada a la imaginación (oh, sí); su perfecto pelo engominado, convertido en una maraña de rizados sobre mi almohada (hace horas que la gomina desapareció entre mis dedos); su impertinente palabrería de «vamos a follar, pero que sepas que no me caes bien», tocada y hundida por la fuerza de mi lengua y de mis besos, y sustituida por esa paz en su rostro ~~perfecto~~ relajado por el sueño ~~que me comería una y otra vez~~. Y yo no dejo de tararear *Hey there delilah*. Cosas extrañas que tiene la vida.

A Julen no le gusta quedarse a dormir en mi cama (tampoco en el resto de mi casa de alquiler), pero desde que comenzamos a acostarnos, ha dormido en ella más veces de las que estaría dispuesto a admitir.

Desde que comenzamos a acostarnos... Anda que no ha llovido. Y eso que en este pueblo apenas hay nubes.



Julen y yo coincidimos por segunda vez la tarde del día de Navidad del año pasado. Yo regresaba de Valladolid después de comer con mi familia, y pasé por Alicante a recoger a Marcos Cabana en casa de Mencía, la hermana melliza de Juls. Jamás olvidaré ese momento, y eso que no lucía

la famosa sudadera, pero sí un rostro destrozado por la paliza que había recibido horas atrás. Paliza en la que se había metido él solito por defender a su hermana. Yo huyo de las personas que utilizan los puños como medio de comunicación igual que los Cabana huyen del queso (mucho y muy rápido), pero no pude evitar ayudarlo a curarse las heridas. Sé cómo hacerlo; tengo demasiada experiencia en el arte de remendar los cortes que dejan los puñetazos. Aprendí a hacerlo en mi propio rostro. Un lienzo único y maravilloso, ¿verdad?

Después de llevar a cabo mi trabajo, le esboqué un dibujito rápido, a modo de piruleta por haberse portado bien —a pesar de que no se portó muy bien—, y me largué de allí. Por fin llegué a casa, después de dejar a Marcos en la suya, y acepté, despatarrado en mi sofá, que me hallaba en una encrucijada. Por una parte, había tocado a Julen con mis manos, y no quería que conservaran su recuerdo, porque era un borde y además se metía en peleas. Por otra parte, había tocado a Julen con mis manos y me apetecía más. Pero no quería follar con él. Ya no. Y entonces recibí un wasap que me sorprendió. A uno no le dan las gracias a diario así, al azar.

**Número desconocido:**

Gracias.

**Jaime:**  
¿Y tú eres?

**Número desconocido:**

Julen.

¡Hombre! Era lo último que me esperaba. ~~El siguiente latido de mi corazón me golpeó el pecho.~~

**Jaime:**  
Ah, ¿el de la brecha abierta en la ceja y en el labio, pero estoy bien y no necesito puntos?

Toda mi vida he sido un gracioso, lo cual me ha reportado más desgracias que alegrías, pero no lo puedo evitar. Forma parte de mí. En ocasiones pienso que ojalá supiera cómo pararlo. Otras, me siento orgulloso de ser quien soy. Y el resto del mundo puede irse a la mierda.

**Julen:**

El mismo.

**Jaime:**  
¿Y las gracias?

**Julen:**

¿A qué te refieres?

**Jaime:**  
Que por qué me das las gracias.

**Julen:**

Por haberme curado.

**Jaime:**  
OK.

**Julen:**

¿OK?

**Jaime:**  
OK.

Y ahí acabó todo. Volví a guardar el móvil. Ya no quería follar con él. Eso ya lo he dicho, ¿no? Creo que sí. De cualquier manera, la solución a todos mis problemas fue levantar el culo

para sacar de nuevo el móvil del bolsillo trasero del pantalón y abrir mi aplicación de citas favorita.

Había varios usuarios conectados en un radio de cien kilómetros a la redonda, pero uno me llamó la atención sobre todos los demás: @eslahoradecomer. El mejor nombre de usuario que había leído en mi vida en una aplicación para follar, sin ninguna duda. Dejé salir una carcajada de las buenas antes de contactar con él. Yo hago reír a menudo a los demás, pero pocas personas en este mundo redondo y finito tienen el don de hacerme reír a mí. Una putada.

Dicho y hecho. Una hora después, con *Only you* de The Flying Pickets resonando a tope (hay que crear ambiente), «eslahoradecomer» llamaba al timbre de mi casa.

Mientras me acercaba a la puerta, pensé que no sabía nada del tipo.

Una vez que abrí la puerta, pensé que sabía demasiado del tipo.

Era alto. Unos centímetros más alto que yo.

Delgado.

Tenía el pelo ondulado, de color marrón, y los ojos también marrones.

La cara, ~~qué puta cara más perfecta~~, destrozada.

Una hermana melliza de nombre Mencía.

Y llevaba puesta la sudadera rosa.

Su nombre era Julen.

Comencé a hablar sin dejar que se explicara. Lo dije todo de carrerilla, no tenía tiempo que perder; mi ligue estaba a punto de llegar y no era plan que me encontrara con otro tío. Qué poco fundamento, ¿no?

—Hola. Me encanta la sorpresa, de verdad que sí. Y es todo un detalle por tu parte venir hasta aquí a darme las gracias por arreglarte el estropicio de la cara, pero no era necesario. Siento si he sido un poco seco por teléfono; no me gustan los puñetazos ni la gente que se mete en peleas, por muchos motivos que tenga. No te lo tomes como algo personal. O, bueno, sí —suspiré—. Tú eres modelo, chico. Piensa un poco antes de actuar. En fin, estoy esperando a alguien, así que... de nada y esas cosas. Chao.

Estuve a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero a punto, y entonces él miró hacia el cielo, y fue tan expresivo en su maldición que tuve incluso la certeza de saber lo que pensaba.

«Me cago en la madre que me parió. No puede ser verdad».

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Joder al infinito.

—¿Eslahoradecomer? —aventuré. Llamadme loco.

—¡Gracias por nada! —gritó él de mala leche, después de unos cincuenta «hostias» seguidos de sus correspondientes derivados. Y se giró.

Yo iba a dejarlo marchar, de verdad que sí, pero necesitaba echar un polvo como el comer, sin juego de palabras. Y ya sé que he dicho *dos veces* que no quería follar con él, pero le di una vuelta rápida (y tan rápida; Julen aún no se había alejado del umbral) y me di cuenta de que acostarme con él era seguro, la decisión más segura que podía tomar. Yo no busco el amor, ni de coña, y jamás me pillaría por un tipo como él. Por nadie, en realidad (lo de Hugo Cabana fue un error de cálculo), pero de él, menos. A ver, que tampoco me cierro al amor en plan candados a tutiplén y muebles que atrancan la puerta, pero... Bueno, la verdad es que sí lo hago. Sin embargo, Julen era demasiado arisco, demasiado impulsivo y demasiado hermano de la novia de Marcos Cabana. Era perfecto. Un polvo y, si te he visto, no me acuerdo. No se me iría de las manos. Aunque debí anticipar que eso de «ahora sí quiero follar con él», «ahora no», «ahora sí»,

«ahora no» no era un buen presagio.

—Espera —lo llamé, y le sujeté el brazo para que no se alejara. Nuestros ojos se encontraron.

—Ni lo intentes —me avisó.

—Ni intente, ¿qué? No sabes lo que voy a decirte.

—Que entre.

—¿En dónde? —pregunté con guasa.

—Qué gracioso.

—Es de nacimiento. Venía en los genes.

—Suéltame el brazo.

—Qué borde.

—Es de nacimiento. Venía en los genes. ¿Me sueltas?

Qué resultón para las peleas.

—Joder.

—No.

—¿Me escuchas un segundo? Has venido hasta aquí en busca de sexo y yo llevo una hora esperando a que llegues en busca de sexo. Y ni tú quieres hacerlo conmigo, así, *a priori*, ni yo quiero hacerlo contigo, pero si lo piensas en frío, es una buena idea. Yo no te caigo muy bien, y ahora tú tampoco me caes demasiado bien a mí. Es el mejor sexo. Nos aliviamos el uno al otro y hasta luego. Incluso podemos fantasear que estamos follando con otra persona. Solo es sexo. Puedes cerrar los ojos e imaginar que soy quien quieras que sea. Yo haré lo mismo. Y ni siquiera tienes que sentirte obligado a mandarme un mensaje de «estuvo bien». Yo no te lo voy a mandar a ti. —Lo tenía casi convencido, se lo leí en la mirada—. No vamos a encontrar otro polvo mejor que este. Y prometo tener cuidado con tus heridas. Oye, y si no te gusta, paramos y te vas. No hagas el viaje en balde.

—¿Por qué ahora no te caigo bien?

—¿Qué más da? —Atrapé los cordones de su sudadera, por fin, y lo atraje hacia mí con cuidado. No quería darle tiempo a que se arrepintiera, por lo que actué rápido.

Me situé detrás de él y puse mis manos en sus caderas. Muy despacio, moví una de ellas por la tela de los vaqueros hasta su entrepierna. La acaricié abajo y arriba hasta conseguir dos hermosas erecciones. La suya y la mía. No tuve que esforzarme demasiado. Yo ya estaba cachondo antes de que él llegara, y Julen... No tengo ni puta idea de lo que sentía o pensaba, pero supongo que estaba receptivo, para empalmarse tan rápido. Acerqué mi boca a su nuca y, mientras mis labios se deslizaban por su piel, lo empujé con el cuerpo, lo suficiente como para meterlo en casa y poder cerrar la puerta detrás de mí.

Una vez dentro, me moví de nuevo y lo empotré contra la pared, enterrando mis caderas en las suyas. El beso en la boca surgió como un choque de titanes, sin que ninguno de los dos lo buscara, teniendo en cuenta los tres segundos que nos quedamos estáticos a causa de la sorpresa. Tres segundos. En un primer momento pensé que quizá se había hecho daño en la herida del labio, pero él me agarró del pelo y ladeó mi cabeza para besarme a gusto; metimos cada uno la lengua en la boca del otro a un ritmo frenético. Frenético y sensacional. El ángulo me gustó. Nunca me había liado con un vasco. Los vascos saben besar. Menuda boquita tienen, en todos los sentidos.

Frotamos nuestras erecciones al ritmo de nuestros besos, hasta que a mí la fuerza se me fue de las manos y Julen se encogió de dolor. En su rostro se dibujó un gesto de molestia que noté en mi propio rostro. Moratones, supuse. Los golpes que le habían dado no se limitaban a su preciosa cara.

—Perdón.

—Sigue —respondió sobre mi boca.

Introduje mis manos por debajo de su ropa y le acaricié el vientre, plano, en mi camino hacia los pezones. Estuve a punto de quitarle la sudadera; necesitaba descubrir su piel, pero no era el momento. Yo quería follarme esa sudadera rosa. Quería sus cordones sobre mis labios mientras sus caderas empujaban su polla dentro de mi cuerpo, una y otra vez. Una imagen que me revolucionó aún más, y eso que yo ya iba revolucionado de serie. Decidí entonces empezar por los pantalones. Caí de rodillas, por supuesto. Lo miré antes de desabrocharle el botón y vi cristal en sus ojos. Estaba excitado. Jodidamente excitado. Bien.

Devolví mi atención a su entrepierna. Fuera botón, fuera cremallera, fuera bóxer y hola, erección. Ni siquiera me molesté en admirarla o compararla con la mía: me la metí en la boca sin perder un segundo más. Comencé por la cabeza, como toma de contacto, unos instantes; en cuanto escuché el golpe inconfundible de su cabeza contra la pared, me la metí entera. Tengo la garganta bastante profunda. También de serie.

Los brazos de Julen caían a la altura de sus caderas. Yo coloqué mis manos en su trasero y lo apreté.

—No te contengas —le dije—, fóllame la boca. Dentro de lo que te dejen las heridas.

—Mis heridas no tienen nada que opinar al respecto. Puedo follarte la boca como me dé la puta gana.

No sé si sus heridas tenían algo que opinar, pero su ego...

—Pues dale.

—Pues vale.

Me agarró del pelo otra vez y empujó más fuerte. Mucho más fuerte. Y yo le chupé la polla durante un tiempo delicioso hasta que el recibidor se llenó de gemidos. De ese tipo de gemidos. El tipo de gemidos que dice: «Estoy a punto de correrme». Fue Julen el que se apartó.

—Joder —masculló.

Yo me lo tomé como un «no quiero correrme así», por lo que me incorporé y le metí la lengua en la boca de nuevo. Me devolvió el beso y juntos avanzamos por la casa. Lo guie hacia mi dormitorio y no me molesté en encender la luz. La oscuridad era absoluta, pero para follar no hace falta iluminación, solo dos personas con ganas la una de la otra. Además, parte de la claridad de la calle se filtraba desde el salón.

Sus ansias me quitaron la camiseta de manga larga y me desabrocharon los vaqueros. Caímos en el colchón, él encima de mí, y nos frotamos de nuevo.

—Joder, no te muevas así —dijo—; estoy demasiado cerca.

Se incorporó hasta quedar de rodillas en la cama. Su mirada incendiaria vagó por toda mi figura y a mí se me pusieron los pelos de punta. Enganchó mis pantalones desde las caderas y se deshizo de ellos, junto con la ropa interior y los calcetines. Un segundo después, tenía su boca en mi polla. Una mamada increíble: no solo por chuparme la polla con evidente maestría, sino porque se trataba de su boca. Lo que más me gusta de follar con tíos bordes es cuando sus bocas acaban en mi entrepierna. De diez. Me relajé en el colchón, extendí los brazos en cruz y disfruté. Julen tanteó mi trasero con las manos y yo le di el «sí» con un gemido placentero. Y no había sido consciente de cuánto necesitaba un polvo hasta que tuve a Julen encima de mí. No quería acabar. No quería acabar en horas, pero mi polla y mi culo no pensaban lo mismo.

—Me voy a correr.

Julen levantó la cabeza.

—¿Quieres?



—Así no. Ven aquí.

Le indiqué con un dedo que subiera y me obedeció al instante. Yo estaba desnudo y él no se había quitado ni las deportivas. Hizo el amago de desprenderse de la sudadera, pero se lo impedí.

—No te la quites todavía.

—¿Por qué?

—Quiero que me folles con ella puesta. Puedes quitarte todo lo demás.

—¿Las rarezas también venían en los genes?

—Sí.

—Espera.

—¿Qué?

—Vamos a follar, pero que sepas que no me caes bien.

—Claro.

Julen comenzó a desnudarse de cintura para abajo y yo aproveché para hacerme con el lubricante y los condones. Estiré el brazo y enseguida alcancé el primer cajón de mi mesita de noche. Palpé, y a la tercera encontré lo que buscaba. Me preparé y me masturbé mientras él también se preparaba y se ponía el preservativo. No dejé de mirarlo mientras me masturbaba. Joder, Julen está muy bueno. Es el típico tío con el que cualquiera querría acostarse. O eso pienso yo. ¿Quién, con ganas de follar, podría decirle que no? Que el chico es modelo. Y no me extraña. Una delicia de pies a cabeza. La verdad es que soy un tío con suerte.

—Ve despacio al principio —le pedí en cuanto ambos estuvimos listos.

—OK. —Se alineó en posición, cogió su polla con la mano y comenzó a empujar despacio pero constante. Sus ojos, fijos en los míos—. ¿Bien?

—Fenomenal. Si... sigue.

Una vez dentro, sus caderas se balancearon contra las mías y los putos cordones de la sudadera me golpearon en el rostro. ¡Sí! Reto conseguido. Lo disfruté unos cuantos empujones más y, después, a otra cosa.

—Ya... puedes quitarte... la... sudadera —susurré, al ritmo de las acometidas.

Julen me miró como si me hubieran salido tentáculos de color rojo en las orejas, pero se la quitó. La sudadera, y la camiseta que llevaba debajo. La paliza también había afectado a su abdomen. Fue lo primero que vi: las marcas en su piel. Nada grave, pero tardarían unos días en desaparecer. Lo malo es que dejó de moverse, y al instante eché en falta la fricción de su cuerpo. Lo bueno es que..., joder, qué cuerpazo. Y yo, perdiéndomelo por la tontería de la sudadera.

Él también debió de añorar sus empujes en mi trasero, porque no había llegado la ropa al suelo y ya había dejado caer el peso de su cuerpo sobre el mío y tomado mi boca con la suya. Mmm, sabía bien.

—¿En serio no te duele?

—Solo un poco.

Qué brutos, los vascos. Pero si a él no le molestaba, yo no iba a quejarme, así que intenté morderle el labio en la parte donde no había recibido puñetazo.

Cada empujón de Julen me derretía. Hacía tiempo que yo no echaba un polvo, y eso se nota. Le agarré el trasero y lo incité a entrar lo más profundo que pudiera.

—¿Puedes más fuerte?

Julen bufó en respuesta y aceleró sus movimientos. Dejó de besarme.

—Ey —coloqué la palma en su mejilla—, he visto esas heridas. No te hagas el duro conmigo. Solo hasta donde llegues.

No respondió, pero tampoco hizo falta. Nos comunicábamos bastante bien con nuestros

cuerpos y nuestras miradas. Conexión. Conexión sexual, me refiero. Cuando adoptamos el ritmo perfecto, yo me llevé la mano a la polla y comencé a masturbarme. Entonces él cambió de ángulo y me golpeó en el punto exacto.

—Dios.

Unos cuantos empujones más y noté la tensión en mis pelotas.

Julen se corrió dentro de mí con un grito.

Yo me corrí sobre mi estómago y mi puño con otro grito.

Julen se derrumbó encima de mí, y su aliento caliente me impactó en la oreja.

Yo reí y le acaricié la espalda; era un claro mensaje de «bien hecho». Por no decir que era uno de los mejores polvos que había echado con un desconocido. O el mejor.

Permanecimos así unos minutos —creo que fueron minutos—, mientras nuestros corazones se desaceleraban a la vez. Cuando su polla se ablandó en mi interior y comenzó a deslizarse fuera, Julen se levantó y se deshizo del condón. Le ató un nudo, echó un vistazo alrededor y, gracias a la luz que se filtraba desde el salón, encontró la papelera bajo mi escritorio, casi llena de bosquejos desechados; lo lanzó y encestó. Jodeer. Buena puntería. Me puso a cien. Otra vez.

Se tumbó junto a mí. Junto a mí, pero sin que nuestros cuerpos se tocaran. Los dos mirando al techo. Él suspiró, pero fue un suspiro de los buenos.

—Te veo relajado —dije.

—Me siento relajado.

—Un placer.

No me devolvió el cumplido, por supuesto. Se levantó de la cama y, sin más ceremonias, comenzó a vestirse. Yo me acodé en el colchón mientras lo observaba sin apenas pestañear. Hasta que me entraron ganas de mear. Y a mí, cuando me entran ganas de mear, me entran ganas de verdad. Es inmediato. También tenía que limpiarme. Me incorporé y pasé por su lado de camino al cuarto de baño.

—Cuidado con la puerta al salir. Si cierras muy fuerte, se cae el cuadro de la pared.

—Dios no lo quiera.

Me reí. Julen tiene su gracia cuando no está en plan borde.

Y eso fue todo.

O no.

Porque un par de horas más tarde me llegó un mensaje suyo:

**Julen:**

Ya sé que dijimos que nada de mensajes de adulación, pero...

**Julen escribiendo...**

**Jaime:**

Pero nada. Guárdatelo.

**Julen:**

Qué puto borde. ¿También venía en los genes?

**Jaime:**

No. Pero es que todo se pega.

**Jaime:**

Que no, tonto. Era una broma. No he podido evitarlo.

**Jaime:**

Vamos, ya puedes decir lo que has venido a decir.

**Jaime:**

Prometo no interrumpir más.

**Julen:**

Ahora no me da la gana.

**Julen:**  
No me llames Juls.

**Jaime:**  
No seas crío, Juls.

**Julen:**  
No.

**Jaime:**  
Tarde.  
**Jaime:**  
¿No vas a decirlo?

**Julen:**  
Tú mismo.

**Jaime:**  
Puto borde.  
**Jaime:**  
Me lo tomaré como un: «Estuviste brutal, Jaims. De diez».

**Jaime:**  
Te odio un poco.

Julen no envió más mensajes. Pero yo sí le mandé otro al día siguiente, cuando encontré una canica sobre la alfombra de mi habitación. Sí, sí, una puta canica. De color rojo. Tenía que ser de él.

**Jaime:**  
Se te ha perdido algo, pero, tranquilo, que lo he encontrado.

**Jaime:**  
No es tu buen humor. Ese continuó buscándolo.

**Julen:**  
¿Tengo que reírme?

**Jaime:**  
Tú mismo.

**Julen:**  
Espera.

**Jaime:**  
No, pera tampoco es.

**Julen:**  
¿Es una canica?

**Jaime:**  
Puede...

**Julen:**  
Pensaba que la había perdido.

**Jaime:**  
Oye, ¿no dices nada de mi chiste de la pera?

**Julen:**  
He preferido ignorarlo.

**Jaime:**  
Tú y yo no nos entendemos.

**Julen:**  
La verdad es que no.

**Julen:**  
Entonces, ¿tienes mi canica?

**Jaime:**  
No imaginas cuánto me estoy mordiendo la lengua para no contestarte lo que quiero contestarte.

**Julen:**

Ya. Oye, mira, tengo prisa. Salimos en unos minutos para Bilbao. ¿Tienes mi canica o no la tienes?

**Jaime:**

Tengo tu canica.

**Julen:**

¿Puedes guardármela hasta que vuelva después de Reyes?

**Jaime:**

Lo intentaré, pero no prometo nada.

**Julen:**

OK.

**Jaime:**

Buen viaje. Conduce con cuidado.

Al día siguiente, temprano por la mañana, fue él quien me escribió. Justo me había llevado la taza de café a los labios cuando lo leí.

**Julen:**

La canica, ¿bien?

Tuve que hacer un esfuerzo para no escupir el café de pura risa.

**Jaime:**

Perfectamente. La tengo calentita y a buen recaudo.

**Julen:**

¿No te la habrás metido por el culo?

Ahí sí que lo expulsé todo. El café por la boca, salpicando por doquier, y hasta la canica por el culo, si me la hubiera metido.

**Jaime:**

Me ha salido el café hasta por los ojos, joder.

**Jaime:**

No me la he metido por el puto culo.

**Jaime:**

Imbécil.

**Julen:**

Bien.

**Julen:**

Controla, ¿OK?

Pero... ¡qué gilipollas!

Al día siguiente, más de lo mismo:

**Julen:**

La canica, ¿bien?

No contesté.

**Julen:**

Me lo tomaré como un sí.

**Jaime:**

Tú mismo.

Después de eso, no supe nada de él hasta el día de Año Nuevo.

**Julen:**

*Urte berri on.*

**Jaime:**

Si me estás insultando, pierdes tu tiempo.

**Julen:**

Solo te he felicitado el año nuevo en euskera, borde de los cojones.

**Jaime:**

¿Y eso?

**Julen:**

Pues hoy es Año Nuevo.

**Jaime:**

Me refería a: ¿y ese alarde de buena educación, así, de repente?

**Julen:**

Me has pillado de buen humor.

**Jaime:**

No cuela, vasquito.

**Jaime:**

Tú solo vienes de buenas porque quieres algo.

**Julen:**

¿Qué quiero?

**Jaime:**

Ah, no sé. Dime tú.

No sería yo el que escribiera la palabra «canica». Si tanto la quería (solo Dios sabía el motivo), que tuviera los huevos de preguntar por ella.

**Julen:**

No quiero nada.

**Julen:**

He enviado un mensaje para felicitar el año nuevo a todos mis contactos y me parecía un gesto muy feo no enviártelo a ti.

**Jaime:**

No me pegas como el típico tío que envía felicitaciones a mansalva. Y menos aún, a un tío con el que follaste un día de casualidad. Y eso que te conozco poco, pero no sé...

**Julen:**

Pues te equivocas.

**Jaime:**

Pues vale.

**Julen:**

¿Algo que añadir?

**Jaime:**

¿Yo?

**Julen:**

Pues claro que tú.

**Jaime:**

¿Algo tipo qué?

**Julen:**

¿No tienes nada que decirme?

**Julen:**  
Dime.

**Jaime:**  
Ah, sí, perdona. Qué despiste el mío.

**Julen:**  
Bien jugado.

**Jaime:**  
Feliz año, Juls.

**Jaime:**  
;)

No volvió a contestar. Yo me descojoné de risa y dejé el móvil a un lado.

No supe nada de él en días. Hasta que, el domingo por la noche, día seis de enero, sonó el timbre. Era él, por supuesto, y traía una pinta horrible. Horrible de cansado. Las ojeras y el agotamiento, marcados en sus ojos. La tez apagada y los párpados, caídos. Al menos, las heridas ya casi no se notaban, porque si no, menudo cuadro hubiera sido. Que el chico es modelo, joder.

Me jugaba una mano a que acababa de llegar de Bilbao, después de dejar primero a su hermana en Alicante, y no la perdía.

—Guau —exclamé—. Empiezo a pensar que dentro de esa canica guardas una galaxia completita para ti solo, tipo *Men in Black*. ¿Has visto la peli?

Y entonces sucedió lo inimaginable: Julen se rio. Bueno, a ver, no se rio a carcajadas, pero porque se contuvo a propósito, mordiéndose el labio inferior, y aun así, un amago de sonrisa se le escapó. Yo sí sonreí abiertamente. Contención cero. Siempre.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Abrí la puerta del todo y le indiqué con la mano que entrara. Fue directo al salón y cayó como un peso muerto sobre el sofá, la espalda en el respaldo y la cabeza, hacia atrás.

—Dime que tienes mi canica —dijo con los ojos cerrados.

—Tengo tu canica. —Respiró de puro alivio y yo me descojoné un poco más—. Pero no pienso dártela hasta que me cuentes por qué te importa tanto.

—Es mi talismán. Se la gané limpiamente a uno de los matones de mi pueblo con nueve años y me convertí en el héroe local. Siempre la llevo encima desde entonces. Me siento raro sin ella.

—*Oh, so cute.*

—¿Me estás vacilando?

—Hoy no. Ha sido muy tierno de verdad.

—No soy tierno.

—Claro que lo eres, vasco impertinente. Tú, y tu canica.

En ese momento Julen era lo más mono que había visto yo en mucho tiempo. Le echaremos la culpa a la canica y a la imagen que visualicé en mi mente de un Julen de nueve años correteando feliz y victorioso por la plaza de su pueblo con ella en alto.

Él continuaba en la misma postura: las piernas medio abiertas, los brazos flácidos en el sofá y la cabeza hacia atrás. Sus párpados no tenían fuerza para levantarse; mucho menos el resto de su cuerpo. Me entraron ganas de acostarme con él de nuevo. De acostarme con él de forma suave y dulce, para que su cuerpo desconectara del todo, se durmiera y descansara. Mal asunto. Por suerte o por desgracia, aún no lo sé, mis piernas actuaron por su cuenta y riesgo y me condujeron hasta él. Me obligaron a apoyar las rodillas en el sofá y a sentarme a horcajadas sobre las suyas. Y, claro, una vez ahí, no me pude contener. Escondí la cabeza en su cuello y lo besé con toques delicados pero constantes. Julen no se movió. No alzó la cabeza ni abrió los ojos, solo me

preguntó:

—¿Qué haces?

—Quiero sexo. Contigo. Ahora. Estás buenísimo. ¿Te apetece?

Entonces sí levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Apenas puedo moverme. Y no me caes bien.

Pero se movió. Movi6 las caderas para encontrar mi entrepierna y... la encontr6. Debimos de caer muertos despu6s de follar, porque lo siguiente que recuerdo es despertarme hecho polvo por haber dormido en mi sof6 en una postura de mierda y con un cuerpo encima de m6. Estaba amaneciendo. Despert6 a Julen con un par de empujones bruscos (pesa lo suyo), y juro que no he visto a nadie levantarse y vestirse a esa velocidad. Consecuencia inmediata fue que se vistiera de puta pena: los cordones de las deportivas ni se los at6, y el jersey lo arrug6 en una mano. Con el puto fr6o que hace en enero, pero as6 que se fue 6l. Todo digno, el vasco.

Lo mejor de todo es que se dej6 la canica.

As6 que tuvo que volver.

Volvi6 durante cuatro meses. Eso s6, la canica la recuper6 en su tercera visita. Despu6s establecimos un trato justo: nos acostar6amos hasta que nos aburri6ramos el uno del otro. No corr6amos peligro; ni siquiera nos ca6amos bien. De hecho Julen suele repetirme a menudo eso de: «Vamos a follar, pero que sepas que no me caes bien». Es como un mantra para 6l. Y durante todo este tiempo funcionamos de puta madre.

Recuerdo un par de puntos de inflexi6n.

Uno fue en febrero. Era supertarde, yo estaba casi dormido y tocaron el timbre. Abr6 la puerta y Julen se lanz6 a mi boca como un loco, como si se muriera de hambre. No era lo habitual, pero tampoco me quej6. Si el chico estaba efusivo, pues nos pon6amos efusivos. Me gusta cuando me folla efusivo. Le sob6 el culo y lo met6 para dentro. Para dentro de casa.

—Acabo de llegar de Madrid. No te imaginas lo que me ha pasado hoy —explic6 mientras se quitaba la ropa. Es lo primero que hace al llegar a mi casa. Porque Julen, a mi casa, viene a follar. A nada m6s.

—¿Qu6?

—Atento —se apart6 de m6 y me mostr6 su cuerpazo semidesnudo: los pantalones desabrochados y la camiseta, en el suelo—: me han contratado para la pr6xima colecci6n de Mango.

—Est6s de co6na.

—No. Me ha dicho el director de la campa6a que, sin el pelo engominado, le recuerdo a los rostros de los setenta y que quiere darle otro aire al cat6logo. Algo m6s rom6ntico pero desordenado. Y al parecer yo soy rom6ntico pero desordenado.

—¡Guau! Enhorabuena.

Me alegr6 de verdad. Despu6s de a6os de lucha, por fin le sal6a algo decente en su curro. Carisma y belleza no le faltan, pero el mundo del modelaje es muy jodido. Hasta ese momento, hab6a tirado con trabajillos aqu6 y all6. Pero Mango era algo grande. Lo celebramos follando, por supuesto. Y se qued6 dormido en mi cama hasta el d6a siguiente.



Durante las siguientes semanas, solía venir muy tarde a mi casa, siempre recién llegado desde Madrid o Bilbao, dado que había regresado a vivir allí, así que, me repito, se quedaba dormido más veces de las que le hubiera gustado. Reservaba una habitación de hotel, pero apenas la utilizaba. A mí me daba igual que se quedara a dormir. Me ponía en su situación y yo haría lo mismo; francamente: cambiar el calorcito de mi cama por el frío de la calle a las tantas de la madrugada no era una decisión inteligente. Estuve tentado de aconsejarle que dejara de tirar el dinero en alojamientos que apenas utilizaba, pero me callé. Era su asunto y yo no tenía nada que decir al respecto. Por aquel entonces, no interferíamos en los asuntos del otro.

Lo que me lleva al segundo punto de inflexión. En marzo, Juls dejó de levantarse escopeteado de mi cama (o de mi sofá, según qué pilláramos antes) y se quedó por primera vez a desayunar y a darse una ducha. Estaba de muy buen humor: el tema de Mango iba fenomenal y se le empezaban a abrir puertas por fin. De fondo sonaba *A million dreams*. Mantuvimos una conversación real por primera vez en meses. O eso fue lo que yo pensé en un primer momento. La verdad era que llevábamos meses manteniendo conversaciones reales sin darnos cuenta. Antes de acostarnos. Después de acostarnos, mientras se vestía. Por medio de mensajes en el móvil cuando no se encontraba en el pueblo.

—¿Por qué apenas viajas a Valladolid? —me preguntó espontáneo, familiar; la tostada con mermelada iba de camino hacia su boca. Yo acababa de abrir la ventana de la cocina para que se disipara el olor a pan quemado. La cocina no es lo mío.

—¿Perdona?

—Eres de allí, ¿no?

Hummm... ahí me di cuenta de que quizá sí habíamos hablado más de lo que yo pensaba.

—Sí.

—Apenas vas.

—Porque no me cuadra el viaje.

—Ya...

—Ya, ¿qué? —Me crucé de brazos, de pie a su lado.

—Nada.

—Es algo.

—Qué va.

—Creo que te conozco lo suficiente como para saber que sí va.

—Solo me preguntaba si el hecho de que apenas visites tu ciudad natal tiene algo que ver con que sepas curar heridas provocadas por peleas de barrio.

Qué perspicaz. Suspiré y me senté junto a él. Comencé a retirar con el cuchillo la superficie quemada del pan, pero seguía teniendo muy mala pinta. No entendía cómo Julen se lo comía tan feliz.

—Mucho te preguntas tú —repliqué con el ceño fruncido, sin dejar de contemplar mi malogrado pan.

—No me contestes si no quieres, es simple curiosidad.

—La curiosidad mató al gato, pero tú hoy estás de suerte. Te lo voy a contar. —Levanté la vista. Él me miraba—. Y para tu información, te diré que una cosa no tiene nada que ver con la otra. No voy a Valladolid con frecuencia porque en verdad no me cuadra el viaje. He hecho mi vida fuera de allí. No hay ningún puto trauma de por medio.

—Veremos.

—Eres un gilipollas insolente.

—Lo que tú digas.



Sí, claro, como siempre. Comencé a relatarle la historia. Hasta la fecha solo la conocía Priscila Cabana; no sé qué me llevó a contársela a Juls, la verdad.

—Tú sabes que yo tengo una cosa con ser gracioso, ¿verdad?

—Verdad.

—Y no te gusta.

—Mentira. Yo no tengo nada en contra de los graciosos. Eras tú el que no me caía bien, gracioso o no.

«Caía». En pasado. No me molesté en resaltarlo.

—Es algo inherente a mí, no lo puedo evitar. Como dibujar. Lo hago desde que tengo uso de razón. Y hay personas a las que les gusta y otras a las que no. Había un chico en mi clase, en el colegio, al que no le gustaban mis gracias. Le molestaban. Desde los diez años. Decía que yo era un payaso. A los once me empujaba con la mochila. A los trece me ponía la zancadilla en los pasillos. A los dieciséis, sus puños comenzaron a encontrarse con mi cara a menudo. Aprendí a curarme las heridas yo solo. A mis padres les dije que me había apuntado a clases de boxeo y que a veces se nos iba de las manos. Que el entrenador nos curaba. Tampoco era nada grave. Solo una constante.

—¿Por qué? ¿Por qué les mentiste a tus padres?

—¿La verdad? No lo sé. Yo no era más que un puto adolescente y fue lo que me salió. O quizá era vergüenza. Vergüenza por dejarme pegar por aquel gilipollas.

—¿Nunca lo denunciaste?

—No. Era una cuestión de chavales. Eran otros tiempos.

—No era una cuestión de chavales y no eran otros tiempos. Era *bullying*.

—No, no lo era.

—¿Lo saben ahora tus padres?

—No.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros y di un mordisco a mi tostada de mierda.

—No ha surgido. Cuando acabé el instituto, me largué a estudiar a Boston y tuve la suerte de poder quedarme allí. Adapté mi nombre a su versión anglosajona y me dejé llevar por mi personalidad. Era libre. Mis dibujos triunfaron desde el principio. Quién me lo hubiera dicho. Conseguí trabajo en el *Boston Global* antes incluso de terminar la universidad. Mi nueva vida me gustó y no regresé hasta mil años después.

—¿Qué te hizo regresar?

—Priscila Cabana.

—¿Qué tiene Priscila Cabana que no tenga nadie más?

—Me hace reír. Me hizo reír desde el primer momento.

—¿Por qué tengo la impresión de que te estás dejando algo importante?

—Paranoias tuyas.

—¿Y el chico?

—¿Qué chico?

—Oh, vamos. El chico que te maltrataba, aunque, según tú, no era *bullying*.

—No lo era. El chico... fue mi primera persona.

—¿La primera persona que te pegó un puñetazo?

—No. La primera persona de la que me enamoré. Yo se la chupaba en los baños; después hacía una gracieta en el patio, a él no le gustaba y me decía algo impertinente; yo respondía otra impertinencia mayor y él se liaba a hostias con mi cara. Yo me curaba las heridas y me hacía la

firme promesa de no volver a arrodillarme frente a él, pero entonces él me acariciaba el pelo y yo... Qué patético, ¿no?

—¿Durante cuánto tiempo?

—Desde los dieciséis hasta los dieciocho.

—Por eso te fuiste a estudiar fuera. Por él. Huiste.

—¿Y puedes culparme? Creo que le permitía pegarme porque lo quería. Mi primer amor. Estaba muy jodido. Tuve que poner distancia para no continuar arrodillándome. Pero aprendí una lección valiosa. La más valiosa de mi vida. Jamás volveré a pillarme por nadie. Me lo juré a mí mismo.

—¿Y Hugo Cabana?

—Los Cabana me impresionaron desde el minuto uno. Fueron un soplo de aire fresco, como suele decirse. En primer lugar llegaron Pris y Adri. Parecían un par de indigentes, pero el rubiales era el típico indigente al que te follarías sin pensarlo. Tú lo conoces. Seguro que te has dado cuenta. No solo porque sea un tío guapo que lo petaría en Hollywood sin esfuerzo, sino por ese halo de misterio y de impenetrabilidad que lo envuelve. Meses después conocí a Hugo Cabana y también me gustó desde el primer instante. Lo sé, tengo un problema. No sé si con los rubios en general o con los Cabana en particular. Hugo visitó a su hermana en Boston y fue atracción a primera vista. Los dos Cabana menores eran muy follables. Adri regresó a España y no volví a verlo. Con Hugo coincidía todos los años y cada vez me gustaba más. Me gustaba más que Adrián. Es difícil de explicar. Adrián era como ¿un actor al que ves por la tele y que te gusta tanto que te acostarías con él si surgiera la oportunidad? Pero Hugo... Hugo era real. Con Hugo no quería acostarme porque fuera un guaperas; empezó a haber algo más. Comenzó a despertar algo en mí. Algo más aparte de una atracción de la hostia. Yo, normalmente, me follo a la gente que me atrae, pero con Hugo ni lo intenté.

—¿Por qué?

—Porque era el hermano de mi compañera de piso, porque vivíamos a kilómetros de distancia y porque me gustaba demasiado. Lo esquivé durante años; jamás me tiraría a alguien que me gustara tanto. Resultaba peligroso. Delante de él tonteaba con cualquiera, para disimular. Pero cuando Pris regresó a España, y yo con ella, comencé a pasar demasiado tiempo a su lado. No soy tan fuerte. Una tarde, me pasé con los martinis y le entré a saco. Él me correspondió y yo aluciné. Aun así, anduve con pies de plomo; intentaba aparentar casualidad, desinterés. No podía enamorarme de él. No podía enamorarme de nadie. Así que tonteaba con Adri. Le decía a Adri todo lo que me gustaría decirle a Hugo. Me pasé un montón. Me comporté como un gilipollas. Después, él se enteró de que Priscila y yo nos habíamos acostado y...

—¿Priscila y tú?

—Sí, pero fue por una buena razón. El caso es que el rubio se lo tomó fatal. Él... él no es un fresco, como yo. Él es mucho mejor que yo. Lo dejamos y regresé a Boston. Priscila se quedó aquí, con su marido. Duré pocos meses allí. Necesité regresar. Regresé a Priscila y a Hugo. Me acosté con Hugo en cuanto puse un pie en el pueblo y le propuse sexo sin compromiso. No sabía lo que hacía, solo sabía que quería estar con él. Quería dejarme fluir por primera vez. Pero entonces apareció Dylan Carbonell y todo se jodió. No lo vi. No los vi. Creo que Hugo y yo somos los únicos en no verlos. No lo llevé bien. Para una vez que dejaba entrar al amor y ¡zasca! A tomar por culo todo. Hugo se portó brutal conmigo, como siempre. Brutal para bien. No verás a nadie actuar de manera más honesta que él. Es admirable.

Sonré. Es el efecto que Hugo suele provocar en mí. Es un buen tío. Muy buen tío. Y la otra mitad de Dylan. Reconozco que me cabré lo indecible con aquel asunto, pero ahora que lo

analizo desde la distancia, me doy cuenta de que Hugo y yo no hubiéramos llegado a nada. Él va a muerte en las relaciones y yo no estaba ni de coña preparado. Y no sé si alguna vez lo estaré. Aunque jamás me arrepentiré de haberme enamorado un poco de él. Porque Hugo lo merecía. El otro, no.

Volví a la realidad. A mi cocina y a Julen. El silencio se había instaurado entre nosotros y yo no había sido consciente de ello. Julen ya no masticaba su tostada. Ni bebía su café. Solo me miraba. Estuve a punto de preguntarle si tenía monos en la cara, pero reanudó la conversación antes de que me diera tiempo.

—Así que no vuelves a tu ciudad por no encarar al gilipollas de tu exnovio maltratador.

Y dale.

—No vuelvo a mi ciudad porque no me cuadra. ¿Y sabes qué fue lo peor de todo aquel asunto?

—¿Qué?

—Que dejé de ser gracioso. De los dieciséis a los dieciocho. Dejé de ser yo. Siempre me ha importado una mierda lo que pensarán de mí, pero no me importaba una mierda que el tío del que estaba enfermizamente enamorado me pegara.

Y eso era lo que más me había gustado de Julen. Que lo que pensara el mundo le importara una mierda. Porque si lo que piensa el mundo te importa una mierda, significa que también te importa una mierda lo que hagan los demás y cómo vivan sus vidas. Vive y deja vivir. Ese es Julen.

—¿Sabes lo que creo? —me preguntó entonces.

—¿Qué?

—Que estás enfadado con tus padres.

Aquello me descolocó.

—¿Perdona? ¿Por qué iba a estar yo enfadado con mis padres?

—Por no haberse dado cuenta de lo que sucedía y de que les mentías. Por no darse cuenta todavía.

Me quedé en silencio. Quizá demasiado tiempo.

—Te equivocas.

—Puede ser. Pero es lo que he sacado en claro de esta conversación. Eso y algo más.

—¿Qué más?

—Prefiero guardármelo.

—Y tú, ¿qué?

—¿Yo, qué?

—¿Cuál es tu historia?

—Me enamoré de un tío que estaba casado con otro tío.

—Menuda capacidad de síntesis. ¿Supiste que estaba casado con otro antes o después?

—Después.

—Eso debió de doler.

—Ni te lo imaginas.

Se levantó y enjuagó su taza y su plato en el fregadero sin decir una palabra más.

A partir de ese día, hablamos de nuestras cosas sin reservas. Yo le preguntaba y él contestaba. Y viceversa. Ahora mismo, yo sé el nombre y apellido de su gilipollas, y él sabe el nombre y apellido de mi gilipollas. No es nada del otro mundo. Vale que hemos desarrollado una especie de confianza entre los dos, pero seguimos cayéndonos mal. Seguimos a salvo.



Regreso al presente. Julen continúa dormido. Las siestas de los vascos son la hostia. No tienen fin.

*Así, como lluvia en el desierto, estás aquí.  
En mí.*

—Oye, dormilón —le susurro al oído—, despiértate ya si no quieres tener insomnio por la noche, que nos conocemos.

Le beso el hombro. Y entonces:

La hecatombe.

## 6 Después del maldito beso en el hombro

### Jaime

Julen se incorpora a tal velocidad que casi no registro el movimiento. Se pone el primer bóxer que encuentra en el suelo (el mío) y me mira con los brazos en jarras.

—¿Qué acabas de hacer?

Eso digo yo.

—Nada.

—Me has besado el hombro.

¿Le he besado el hombro? Sí, creo que sí.

—Eh, sí. Puede que sí. ¿Y?

—¿Por qué? —exige saber.

—Yo qué sé, ¿qué más da?

—Lo has jodido todo.

Me mira con muy mala hostia y, a continuación, comienza a rebuscar su ropa entre el desorden de prendas en el suelo. Me levanto de la cama y me pongo un pantalón de chándal. Discutir en pelotas no es lo mío. Y ahora vamos a discutir. Lo intuyo.

—¿Es una especie de broma?

—No. Me has besado el hombro.

—Y la polla y el culo y la boca. Infinidad de veces.

—No es lo mismo.

Abandona el dormitorio y se calza las deportivas sin molestarse en atar los cordones. Vamos, como siempre. Cualquiera día se va a hostiar.

—¿Me lo puedes explicar?

Se acerca a mí y me apunta con el dedo.

—Besarme el hombro implica intimididad.

—Besarte el culo, también.

—Que no es lo mismo, joder. La polla y el culo significan sexo. El hombro es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—¡Cosa de pareja!

—¡Venga ya!

—Implica cariño.

—Puede que sea porque te tengo cariño. Llevamos cuatro meses follando. Si ahora mismo te rompieras una pierna, me daría pena. Perdóname la vida.

—Esto no formaba parte del trato.

—¿No te importaría a ti que me rompiera una pierna?

—Me importa una mierda.

—De puta madre. ¡Gracias!

—Lo has jodido todo.

—No. Tú lo estás jodiendo todo ahora, ¿por un puto beso en el hombro?

—¿Te estás pillando por mí, Jaime?

Se me escapa una carcajada. Una carcajada de incredulidad. Qué cachondo, el vasco.

—Por supuesto que no. Yo no me pillo por nadie.

—Por supuesto que no. Excepto por Hugo Cabana.

¿Perdona?

—No metas a Hugo en esta mierda de discusión.

—¿Tú sí puedes meterlo y yo no?

—Yo no he metido a Hugo en ninguna parte.

—Ya lo creo que lo has metido. ¿Te crees que soy gilipollas?

—Pues no lo creía hasta ahora, la verdad. Pero comienzo a pensarlo.

—¡Lo has metido en la cama con nosotros cada día!

—Pero ¡¿qué dices?! ¡Yo no he metido a Hugo en la cama con nosotros!

Ni siquiera entiendo en qué momento ha aparecido Hugo en la conversación. Eh, ¿qué está pasando?

—Y una mierda que no. Has follado con él mientras follabas conmigo. ¿Quieres que te recuerde lo que me dijiste la primera vez?

—¿De qué hablas?

—«Incluso podemos fantasear que estamos follando con otra persona. Puedes cerrar los ojos e imaginar que soy quien quieras que sea. Yo haré lo mismo».

Hostias. No me refería a Hugo, joder.

—¡Me refería a que folláramos como si fuéramos el @osopandaypunto y el @eslahoradecomer que nos habíamos imaginado antes de descubrir que éramos nosotros! No quería follarme a Hugo. Pero quizá tú, sí. Me parece a mí que estás obsesionado con Hugo desde aquella noche, en la discoteca esa de las afueras, cuando me dijiste lo de: «Deja de mirar al rubiales». Quizá me viste porque tú lo mirabas demasiado.

Julen esboza una mueca de incredulidad y bufa.

—No estaba en las afueras, ¡estaba en el puto centro! Y era un bar de copas.

—¡Lo que sea! ¡La música estaba alta, así que lo mismo me da!

—¡La música no estaba tan alta!

—¡Me la suda!

—¡Pues es el último minuto de nuestras vidas que te la va a sudar conmigo! ¡Que te jodan!

Abre la puerta de la calle y cierra de un portazo. Me jode la vida, porque si alguien tiene derecho a cerrar la puta puerta de su casa de un portazo soy yo. Así que la abro. Y como no sé qué decir, lo parafraseo:

—¡Que te jodan!

—Acabas de hacerlo.

Cierro de un portazo. A la mierda todo. Me quedo de pie en el recibidor, con mil preguntas en la cabeza y sin tener ni puta idea de lo que acaba de suceder. Me traslado al salón y percibo su olor y su presencia por todas partes. ¿Desde cuándo? ¿Y este dolor en el pecho? Me lo froto para mitigarlo. ¿A qué ha venido lo de Hugo? ¿Le gusta Hugo?

No. Han sido celos. ¿Es posible?

Joder.

Nos hemos descuidado pensando que estábamos seguros y se nos ha ido de las manos.

A los dos.

De puta madre todo.

Vaya puto ojo tengo para los tíos.

Voy a llamar a Pris.



**En un lugar muy lejano pero cada minuto  
menos lejano...**



*1 de junio de 2019*

Y los meses fueron mudando; se sucedieron los unos a los otros y el verano llegó.

Había transcurrido un año y medio.

O mejor dicho:

Habían transcurrido dieciocho meses. Porque él había sentido en su piel, maltratada por los inclementes rayos del sol y la inmundicia, cada uno de ellos, y no estaba dispuesto a quitarles importancia; no quería llamarlo «año y medio». Cuando te privan de tu hogar, de tu familia, de tu dinero, de tu vida y de tu libertad, los minutos merecen hasta nombre propio.

Habían transcurrido dieciocho malditos meses.

Dieciocho malditos meses con un único pensamiento en la cabeza: regresar a casa. A su país. No había sido fácil: su rostro aparecía en todas partes. Tatuado en cada frontera. En cada pared. En la memoria de cada vigilante. Pero, al final, él había sido mucho más listo que todos ellos y estaba a punto de cruzar la línea. Una línea que no solo delimita fronteras: también el bien del mal.

Una vez del otro lado, buscaría venganza.

Venganza contra la persona que lo había desterrado a aquel lugar siniestro.

River Cabana.

Iría a por él.

A muerte.

Bosco Manrique regresaba a casa.

Continuará... en Cabana 5, el último libro de la serie «Cabana»

# Susanna Herrero

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir sus propias narraciones, pero tampoco ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo, cierto pueblo alicantino y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana, compuesta por *Aquel último verano*, *El chico de la última fila*, *La última vez que vi llover* y *El último lugar en la Tierra* y en la que todavía anda sumergida junto con nuevos proyectos. En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera.

Puedes encontrarla en su [blog](#), su página de [Facebook](#), en [Twitter](#), en [Instagram](#) y en [Pinterest](#).

# Índice

[Sinopsis](#)

[En París](#)

[1 El concierto, el toque de trasero y la cena de después](#)

[2 El culo trae cola](#)

[3 El último minuto de nuestras vidas](#)

[4 En un hospital de Burdeos](#)

[En el pueblo alicantino](#)

[5 Antes del maldito beso en el hombro](#)

[6 Después del maldito beso en el hombro](#)

[En un lugar muy lejano pero cada minuto menos lejano...](#)

[Susanna Herrero](#)